

**Diez años de
relatos en Alovera
2008-2017**

**Certamen Internacional de Relato Corto
Biblioteca Municipal de Alovera y
diario El Heraldo del Henares**

Índice

1. Presentación de la Alcaldesa María Purificación Tortuero Pliego	5
2. Diez Años Maravillosos de relatos. Mercedes García Granizo	7
3. Alovera, un nombre asociado a los libros. Roberto Mangas Morales	9
4. Agradecimientos	11
5. I Certamen 2008.....	15
6. II Certamen 2009	29
7. III Certamen 2010	49
8. IV Certamen 2011	55
9. V Certamen 2012	77
10. VI Certamen 2013	95
11. VII Certamen 2014	109
12. VIII Certamen 2015	125
13. IX Certamen 2016	143
14. X Certamen 2017	161
15. Relación completa de premiados	181

Presentación

Para un municipio la cultura constituye algo más que su seña de identidad, es también reflejo de dinamismo, de impulso para desarrollar lo mejor de nosotros mismos y proyectarlo al resto o poder recibir la riqueza de otros para nuestro crecimiento personal o colectivo.

Por tanto, como municipio debemos preservar los espacios donde la cultura permite transmitirnos de unos a otros ese acervo tan valioso; un referente extraordinario de ello es la lectura, un eje de conocimiento y promoción cultural que afortunadamente es protagónico en Alovera.

Es un orgullo colectivo el Certamen de Relatos Cortos que cada año nos ha ofrecido un espacio único de creación literaria, un punto de encuentro local, nacional e internacional que Alovera debe preservar y atesorar.

Desde el Ayuntamiento queremos con este libro que se permita disfrutar de la excelencia que nos legaron las pasadas ediciones y, a la vez, ser una muestra del potencial que nos permite seguir impulsando la cita al futuro.

M^a Purificación Tortuero Pliego
Alcaldesa del Ayuntamiento de Alovera

Diez años maravillosos de relatos: Gracias por compartirlos conmigo

Creo que siempre quise ser bibliotecaria. Con cuatro años leí mi primer cuento, Alicia en el país de las maravillas, y ya entonces decidí que quería trabajar entre libros para poder leer todos los que pudiera y cuando quisiera. Cumplí mi sueño, trabajo en una biblioteca y he leído muchos cuentos, libros, poemas y relatos.

Me hubiera gustado haber podido leer todos los relatos publicados en el mundo... Por eso, me desquito cada año leyendo todos los presentados al Certamen Internacional de Relatos Breves de la Biblioteca de Alovera, que han sido cerca de 3.000 en diez años.

El relato es un género que amo como lectora, al que regreso siempre que puedo y al que seré fiel durante toda mi vida.

Me gusta la gramática del cuento, su estructura, su brevedad, y el hecho de que hay que prescindir de lo accesorio, de lo poco significativo. No es necesario escribir muchas hojas para tener una buena historia.

Por eso, desde hace diez años soy un poquito más feliz gracias a la puesta en marcha entre la Biblioteca Municipal de Alovera y el diario digital **www.elheraldodelhenares.com** de este certamen. Desde entonces vivo con ilusión la convocatoria de las bases y el recibo de los primeros relatos, que comienzo a leer con muchísimo interés.

Ahora, diez años después, es todo un honor y un sueño poder presentar este libro recopilatorio de todos los relatos ganadores en las tres categorías, infantil, juvenil y adultos.

Invito a los lectores a descubrir en sus páginas este conjunto de relatos bien escritos, con extraordinaria calidad literaria, con historias que invitan a avanzar hacia el desenlace –que no siempre lo hay–, desenmarañar tramas... Seguro que disfrutarán de sus lecturas, algunas dulces, como las contenidas en los relatos infantiles, otras tristes y originales... cada lector encontrará una historia con la que identificarse.

Mi agradecimiento personal a todas las personas que han acompañado a la biblioteca y al diario digital en esta aventura desde su inicio.

Amigos, compañeros, escritores... También a Julia San Miguel, autora de historias bellísimas y actual madrina del evento; a las distintas autoridades políticas, e institucionales que nos han apoyado; a todos los profesores y profesionales del mundo educativo y cultural que lo enriquecen con su participación, fomento y apoyo entre los escolares; y, sobre todo, a los distintos miembros del jurado que lo han compuesto en estos diez años. A todos ellos, gracias, muchísimas gracias.

Termino mi presentación con unas palabras de nuestro admirado y querido Rubén Darío "El libro es fuerza, es valor, es fuerza, es alimento; antorcha del pensamiento y manantial del amor".

Estoy segura que el libro que ahora tenemos en las manos pueda ayudarnos a sentirnos un poco más felices.

Mercedes García Granizo
Directora de la Biblioteca Municipal de Alovera

Alovera, un nombre asociado a los libros

Hace miles de años surgieron los primeros libros en tablillas de corteza de árbol, *liber*, y en papiros, *biblios*, conceptos que dieron lugar a los libros, *biblion*, y de ahí a las bibliotecas. La biblioteca de Alovera, en la más pura tradición de lugar de culto al libro y a la lectura, impulsa desde su inicio esta comunión, con humildad, pero con tesón, esfuerzo y profesionalidad, a imagen y semejanza del viejo lema de la biblioteca de **Aleandría**, *llevar el conocimiento atesorado entre sus cuatro paredes a todo aquel que lo desee*. Por eso, cuando decidimos poner en marcha este proyecto hace diez años, no sabíamos cuál era el horizonte temporal que nos acompañaría en nuestra apuesta, pero sí teníamos algo claro: íbamos a hacer lo posible para que el nombre de Alovera viajase por los cinco continentes asociado a los relatos, a los libros, a la cultura...

2.140 relatos en diez años. 2140 relatos procedentes de Marruecos, Francia, Portugal, Italia, Argentina, Chile, Méjico, EEUU, Australia, Colombia... y España, sobre todo de España: Huesca, Badajoz, Ciudad Real, Segovia, Granada, Badajoz, Barcelona, Murcia, Cantabria, Valencia, Bilbao, Alicante, La Coruña, Burgos, Málaga, Madrid, Barcelona, Gerona, Logroño, Guadalajara... Creo que no hay una sola provincia que no haya tenido al menos un participante en este certamen que ha ido creciendo día a día: de los 28 relatos presentados en 2008, a los 343 de 2018. En total, 2140 relatos en diez años, a una media de 214 cada año.

Y entre esas 2.140 historias, una treintena de ellas ve ahora la luz en este libro que pretende ser un homenaje a todos y cada uno de ellos. Porque, **no siempre fue fácil elegir** a quienes cada año representarían a todos ellos en la fiesta que las reconocería como las historias más originales, emocionantes o bellamente escritas. No. Cada relato, cada cuento, cada narración que llegaba a nuestras manos era la culminación de un encuentro a solas entre su autor y el mundo exterior, una reflexión única que había que valorar, releer, una y otra vez para ponderar con el resto de originales.

Todas **esas historias nos han encandilado, emocionado, enfadado, sorprendido**, sonrojado, alegrado, despechado, entristecido... pero ninguna nos ha dejado indiferente. Todas han sido un

premio que nosotros hemos recibido de nuestros lectores, de quienes aún siguen creyendo en la capacidad del ser humano para crear, para construir, para evolucionar.

Diez años después, 2.140 relatos, 2.140 historias procedentes de todo el mundo hacen que sintamos que el esfuerzo ha valido la pena y que nos citeamos ya para homenajear los próximos diez años de fantásticas narraciones que, a buen seguro, nos seguirán haciendo disfrutar como las 2.140 anteriores.

Roberto Mangas Morales

Escritor y periodista.

Director del diario El Herald del Henares.

Cofundador con la biblioteca municipal

de Alovera del Certamen Internacional

de Relatos Breves de este municipio.

Agradecimientos

Este libro no habría podido editarse sin la participación de numerosas personas que han colaborado en las labores de lectura, análisis y votación de los miles de relatos que se han presentado al certamen en estos diez años.

Gracias a sus conocimientos y, sobre todo, a su disponibilidad altruista para dedicar su tiempo a sacar adelante una iniciativa cultural como esta, el Certamen Internacional de Relato Corto de la biblioteca municipal de Alovera y del diario digital **www.elheraldodelhenares.com** ha podido cumplir estos diez años. Y, sobre todo, le ha permitido convertirse en un referente cultural que ya buscan autores noveles en lengua castellana de los cinco continentes todos los años. No hay más que ver que las cifras de participación internacional suben cada año.

Por este motivo, es justo reconocer con nombre y apellidos a quienes, en una o varias ocasiones, han participado como miembros del jurado en estos diez años. Son los siguientes, por orden de intervención:

Mercedes García Granizo, directora de la biblioteca municipal de Alovera; **Roberto Mangas Morales**, periodista; **Luis Chioeches Cuadrado**, profesor de Lengua y Literatura, a quien nunca le estaremos lo suficientemente agradecidos por su labor; **Gabriel Guerrero Gómez**, escritor; **Santiago García-Clairac**, escritor; **Lucía Riesco Vergara**, concejal de Cultura del Ayuntamiento de Alovera; **Silvia Tornero**, adjunta a la Concejalía de Cultura; **Montserrat Gutiérrez Cobo**, auxiliar de la biblioteca de Alovera y coordinadora de actividades de literatura infantil; **María Purificación Tortuero Pliego**, alcaldesa del Ayuntamiento de Alovera y maestra; **Dolores Carmen López Petidier**, concejal de Juventud del Ayuntamiento de Alovera y maestra; **Julia San Miguel**, escritora, madrina especial del Certamen en los últimos años; **María Dolores Trillo**, concejal de Igualdad, Juventud y Servicios Sociales del Ayuntamiento de Alovera y profesora; **Ubaldo y Lloyy**, ilustradores.

También es justo hacer llegar este agradecimiento a todas aquellas personas que, de una forma u otra, han colaborado con este

certamen: grupos políticos municipales, personal auxiliar de la Casa de la Cultura, medios de comunicación provinciales y páginas web literarias que han difundido sin descanso esta iniciativa y, por último, gracias a la empresa Solán de Cabras que ha patrocinado la edición de este libro.

I Certamen Año 2008

SECCIÓN ADULTOS

10.834

Ramón Cabrera Navieras
de Morella (Gerona)



Aún no había levantado la vista de los documentos que estaba examinando cuando preguntó por segunda vez:

– *¿El 10.834 ha dicho?*

El jefe de personal, de pie frente a la enorme mesa de despacho, cuya caoba brillaba hasta cegar por la claridad que entraba a través de las grandes cristalerías, rebuscó atolondrado entre un pliego de papeles que llevaba en su mano derecha.

– *Sí, don Gonzalo, el 10.834... Aquí tengo su nombre... Floren...*

– *Su nombre no me interesa* –le interrumpió.

Cerró malhumorado, con estrépito, la carpeta de cuero en la que un montón de copiosa correspondencia esperaba su firma. Mantuvo la cabeza baja y en silencio, sin mirar a quien tenía delante, largo rato. Luego se quitó las gafas con estudiada lentitud, apoyó la espalda en el sillón y alzó las cejas. Sus ojos parecían querer horadar al jefe de personal.

– *¿Qué pretendía usted, dándome su nombre? ¿Alarmar mi conciencia? Mil veces lo he repetido. Un número es impersonal, nada dice de la vida de un hombre o una mujer. 10.834, 3.124, 7.301... Cifras, sólo cifras. Únicamente los directivos tenemos derecho a nombre y apellidos. ¿Lo va entendiendo, Zacarías?*

– *Perdóneme, don Gonzalo.*

– *En una empresa como la mía, y de verdad que lo lamento, no podemos permitirnos el lujo de ser sentimentales. Mire usted, Zacarías, sin conocerle a usted íntimamente me basta su nombre... –Dudó unos instantes–. ¿Se llama usted Zacarías Andújar, no?*

– *Zacarias Perales, para servirle* –se atrevió a rectificarle con una sonrisa servil.

– *Por supuesto, Zacarías Perales. Un ser humano gracias a unas pocas letras... Un ser humano que por el hecho de serlo me puede hacer vacilar a la hora de tomar decisiones.* –Se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en la mesa mientras sus dedos jugaban con la estilográfica de oro.

- *Me es suficiente el nombre de Zacarías Perales para imaginar muchas cosas: casado, dos hijos...*
- *Uno, don Gonzalo, y todavía en camino.*
- *Uno o dos, qué más da –replicó con fastidio–. Además, no me refería a usted. Era un ejemplo. ¿Cree usted –añadió, encendiendo un puro–, que llegado el caso no me inquietaría la certeza de tener que despedirle? Pues claro que sí. Pensaría en ese hijo, en su mujer, en tantas cosas... En cambio, siendo el 10.834... –se levantó y se acercó a los ventanales. De espaldas a Zacarías se entretuvo en observar la calle desde los veinte pisos de altura–. ¿Va usted al cine alguna vez? –quiso saber, después de unos minutos. Pero no esperó su respuesta–. Aproxímese –le ordenó. Zacarías avanzó unos pasos sobre la mullida alfombra–. No, no, venga aquí, a la ventana, y dígame qué ve abajo.*
- *Coches, tráfico... –comenzó a decir, titubeando. No sabía qué es lo que esperaba don Gonzalo de él.*
- *¿Y gente, no? Mucha gente de aquí para allá. Sin embargo, ¿es capaz usted a esta distancia de distinguir sus rostros? No, son como hormigas, puntitos que se mueven. Nada de particular, nada que emocione. Una escena semejante la vi hace tiempo en una película, El Tercer Hombre. Están Orson Welles y Joseph Cotten en lo alto de una noria, en la Viena de postguerra. Si a usted le dieran un millón por cada punto que hiciera desaparecer, ¿dudaría en hacerlo, en aplastarlo con su pulgar? Esta es la filosofía de las guerras y de los grandes negocios. No lo olvide nunca si desea prosperar –Paternalmente le puso la mano sobre el hombro–. Así que, Zacarías, hableme sólo de números. Por favor, continúe con lo del 10.834.*

Volvió el jefe de personal a hojear el manojito de papeles.

- *Iba a decirle que hace semanas se le abrió expediente, de infracción simple, como medida previa por unos ligeros desajustes descubiertos casualmente en la contabilidad que no ha podido justificar. Ya sabe usted que las cifras... –don Gonzalo se apartó de la ventana para sentarse de nuevo el sillón. El puro humeaba entre sus*

dedos– han de cuadrar, y que cualquier diferencia, aunque sea de muy poca cuantía...

- *Claro, claro.*
- *... en este caso de un euro con diez los días tres, once y diecinueve del mes pasado, debe ser analizada. El 10.834 es ya un número muy antiguo en la empresa. Nunca se sabe si céntimo a céntimo, durante años.... Esto es lo que hay que comprobar. Hemos encargado a...*

Calló a un gesto de la mano izquierda de don Gonzalo.

- *En determinadas circunstancias buscar pruebas es una pérdida de tiempo. Es suficiente la presunción. Tendrá usted presente que hay anunciada una próxima huelga, Zacarías.*

El jefe de personal asintió con un movimiento de cabeza, pero como que todavía estaba junto al ventanal, y don Gonzalo le daba la espalda, rodeó la mesa para situarse frente a él.

- *Se habló de ello en la última reunión de la directiva –reconoció.*
- *En momentos así, amigo mío, cualquier signo de debilidad es contraproducente. Una acción rápida y enérgica, de fuerza, contra el 10.834, acusándole de robo continuado, por ejemplo, demostrará a los comités sindicales que no nos andamos con chiquitas, que aquí queremos orden y trabajo, y sobre todo honradez. Si en un hecho así, tal vez no importante, el pulso no nos vacila, temerán graves represalias si comienza la huelga. Muchos se echarán atrás y el paro será un fracaso –Apagó el puro en el cenicero de plata y no pudo dejar de sonreír ante la afortunada analogía que se le ocurrió–. Un humo fácil de extinguir... –Y añadió, borrando la sonrisa de su rostro–. Zacarías, organice usted el despido del 10.834 con la asesoría jurídica. Tenemos un hecho. Ellos sabrán arreglar este asunto a nuestra conveniencia, ¿me sigue? Pues manos a la obra.*

Don Gonzalo abrió la carpeta, dando entender que daba por concluida la entrevista. Ya se retiraba Zacarías cuando regresó sobre sus pasos. Su actitud era de zozobra absoluta.

- *Una cosa más, si me permite.*

– *¿Qué sucede ahora?*

El jefe de personal balbuceó:

– *Floren..., quiero decir el 10.834, intentó suicidarse anteayer... Ese es en realidad el motivo por el que me he permitido molestarle...*

Don Gonzalo no se inmutó. Examinaba la correspondencia y firmaba las cartas con su Montblanc de oro.

– *¿Ah, sí?* –se limitó a decir, absorto en lo que hacía.

– *Al parecer la presión, las sospechas, las acusaciones, le resultan insoportables. Proclama su inocencia. Apela a sus más de veinte años en la empresa, a su honor. Todos temen que intente de nuevo...*

– *¿Atentar contra su vida? Pero Zacarías, que ingenuo es usted –observó a su subordinado como el entomólogo que inspecciona una mosca–. Sigue sin comprender. Ha visto usted demasiadas películas de Walt Disney en las que los objetos inanimados se mueve, hablan y respiran. Los números, métaselo de una puñetera vez en su sesera, no pueden suicidarse, solo son una expresión de cantidad en relación a la unidad. El contenido de ese 10.834 lo sustituiremos por otro cualquiera. Buenos días.*

Y encendió otro Cohiba.

SECCIÓN JUVENIL E INFANTIL

Una triste historia

Claudia García Sanz

de Azuqueca de Henares (Guadalajara)

¿Estás seguro de querer oír mi historia?

Más vale que pienses bien tu respuesta, pues una vez empiece no pienso parar.

Y es que esta historia, mi historia, ni es bonita ni tiene un final feliz.

Vaya, veo que sigues ahí sentado, esperando. Entonces ya es hora de comenzar mi relato.

Me llamaban Santiago Dávila, hijo del marqués Don Gómez Dávila, octavo señor de la Villa de Velada. Un padre al que abandoné.

Todo el pueblo se preguntaba cómo es que abandoné mi vida llena de riquezas, títulos y facilidades, aunque lo cierto es que los comprendo muy bien. Tal vez, osado lector, no te hayas dado cuenta, pero nos encontramos en la época Medieval, donde las enfermedades y guerras asolan la tierra, destruyendo familias y hogares, dejando a su paso un rastro de profunda desolación.

En estos tiempos de pobreza y violencia extrema nadie renunciaría a lo que yo tuve, una vida sin complicaciones hasta el final de ella. Por supuesto, nadie excepto yo, y es que, si no hubiera sueños por luchar, reglas que romper, fines que alcanzar... No habría historia que contar.

Aunque tan solo tengo veinte años, hace mucho que la gente me considera adulto, ya que llegar a los treinta años en los tiempos que corren es un verdadero milagro. Es por ello que a la gente le molesta mi espíritu optimista, mi sueño de poder cambiar el mundo, aunque a mi pesar sé que no me queda mucha vida por delante, y en el fondo de mi conciencia una detestable vocecilla me susurraba que un solo hombre no puede hacer nada por un reino destinado al fracaso, y mucho menos por algo tan grande como el mundo.

De joven me habían enseñado lo que llamaban el "noble" arte de la espada, del combate cuerpo a cuerpo, algo que lejos de emocionarme como al resto de niños de mi edad me producía temor y rechazo ante la idea de tener que practicarlo algún día lejos de las murallas que custodiaban Ávila. Era por eso que cada noche acudía a lo alto del torreón del castillo, con mi madre, que me enseñaba cosas sobre medicina, astronomía, historia, física...

Por supuesto esto no estaba bien visto en mi época. Yo admiraba a mi madre por sus conocimientos, su solidaridad, por todo lo que era. Sin embargo, sabía lo que acarrearía aquello, que un secreto como aquel podía llevarnos a la muerte, y sería mucho peor si mi padre se enterara, ya que al fin y al cabo, una mujer debe ser fiel a su marido y obedecerle en cualquier cosa. Pero mi madre era una persona con criterios, por lo que la recluía en aquel torreón del castillo. Además, aquellos que se hacían llamar "La Santa Inquisición", en pleno apogeo, se dedicaban a capturar a mujeres como ella, y a quemarlas en la hoguera, acusadas de brujería.

Yo amaba a mi madre sobre todas las cosas, y muy a menudo tenía pesadillas en las que oía sus gritos desgarrados mientras las llamas devoraban su cuerpo, y yo, impotente, no podía ayudarla. Es por eso que decidí hacer lo que hice, una gran equivocación por mi parte.

Fue una noche sin luna. Aprovechando la oscuridad, salí silenciosamente por la puerta de atrás, burlando la vigilancia de los guardias. Una vez fuera, callejeé por las angostas calles de la ciudad, sin detenerme en mirar a mí alrededor. Observé la Portada de los Apóstoles de la catedral del Salvador de Ávila, fijándome en sus detalles góticos con curiosidad. Nunca la había visto hasta ahora, puesto que mi padre no me había dejado salir nunca tan lejos de casa, por su desconfianza hacia los musulmanes, que hacía mucho tiempo ya que convivían casi sin incidentes con los cristianos y los judíos.

Entré en el templo sin preocuparme de llamar a la puerta, o averiguar si había alguien dentro. Me recibió un silencio sepulcral, sólo roto por unos susurros acelerados de uno de los bancos cercanos a la capilla mayor. Intentando hacer el menor ruido posible me acerqué a la figura que, de rodillas, rezaba, con la mirada fija en el suelo. El sacerdote levantó la vista al oírme llegar, y me miró fijamente. Después, reanudó la oración. Esperé en silencio mientras pronunciaba las últimas palabras y se levantaba.

- *¿Puedo ayudarle en algo?* –preguntó con voz cansada.
- *Sí, por supuesto. Busco al señor obispo Don Sancho Dávila.*
- *Pues estará durmiendo. ¿No sabe usted las horas que son?* –me recriminó, alzando una ceja.

Ciertamente no, no lo sabía, pero necesitaba verle.

- *Disculpe, pero es que me urge hablar con él...*

A regañadientes, finalmente aceptó a llevarme.

Llegamos a los aposentos del obispo, que lejos de ser los que visualizaba en mi mente, eran más bien austeros, aunque confortables. El hombre se encontraba sentado en el estudio, leyendo un libro, al contrario de lo que había dicho el sacerdote, que desapareció de la habitación tras anunciar mi presencia. El obispo se dio la vuelta y me sonrió.

- *Hola Santiago.*
- *Hola tío Sancho...* –murmuré con un hilo de voz mientras tomaba asiento cerca de él, y le miraba algo incómodo. Él sabía tan bien como yo que no debería estar allí, tan lejos de mi hogar, y mucho menos a esas horas de la noche.
- *¿A que debo tu visita?* –preguntó él sin perder la sonrisa.

Procedí a contarle mi vida, que ciertamente me resultaba extraño, pero era el único modo de hacerle conocer el secreto que tan celosamente guardaba, pero que poco a poco hacía mella en mí. Conforme hablaba, observé como la sonrisa desaparecía de su cara, transformándose en una máscara seria e insensible.

- *Has hecho bien en venir a contármelo, Santiago. Yo ayudaré a tu madre a acabar con sus pecados.*

Tal vez fueron sus palabras, tal vez su tono de voz, pero fue entonces cuando me di cuenta del grave error que acababa de cometer. El obispo me sonrió y me llevó a una de las habitaciones de la catedral para que pudiera pasar la noche. Otro grave error aceptarla antes de saber dónde me metía. La habitación, contigua a la enfermería del templo, tenía varias camas, pero estas estaban completamente vacías. Un olor putrefacto provenía de la pared y me aovillé en la cama más alejada, esperando que llegara el amanecer, un nuevo día.

A la mañana siguiente, salí de la catedral para dar un paseo. ¿Dónde estaba la gente? Las calles estaban completamente desiertas.

Deambulé un poco hasta que me encontré con una pareja de niños, que no debían pasar de los doce años, y se dirigían corriendo a la plaza del mercado. Les seguí sin dilaciones, sorprendido de ver tanta gente en la ciudad.

Probablemente, no podría haber hecho nada por muy pronto que hubiese llegado, pero sabía que nunca olvidaría lo que entonces vi. La gente se arremolinaba alrededor de un gran tablado de madera, donde había apilados varios troncos y hierbas secas, que hacía tiempo habían comenzado arder. La gente gritaba y lanzaba piedras gritando palabras como "hereje" o "bruja" mientras observaban a una mujer arder entre las llamas de la pira. Sus aullidos de dolor llegaban a mí con dolorosas punzadas de reconocimiento.

Noté como las lágrimas comenzaban a correr por mi rostro y sin atreverme a mirar de nuevo a la mujer salí corriendo hacia las puertas de la muralla. Para huir de Ávila para siempre. Funesto destino encontrarme con alguien conocido antes de partir.

El obispo me sonrió desde su carro de caballos y paró a escasos metros de mí. Sacó la cabeza por la ventana para decir:

– *Era lo mejor hijo. Ahora estará con Dios libre de pecado... y tú también dentro de poco, si Dios te perdona por esconder a una hereje.*

No añadí nada, no sentía ni pensaba nada. Hui de la ciudad pero no llegué lejos. Y es que como el obispo dijo, yo también desaparecería pronto del mundo. Porque nadie me advirtió, que en aquella enfermería, la del hedor insoportable y en cuya habitación contigua dormí una noche entera, se encontraban decenas de personas muertas por la misma enfermedad, a las que nadie se había querido acercar, con las puertas selladas y marcadas por grandes cruces blancas hechas con cal. La peste.

Ahora mismo estoy tirado en una cama esperando a que llegue mi muerte. Hace tiempo que dejé de gritar y quejarme, a pesar de que el dolor es cada día más intenso.

¿Por qué escribo esto en mi lecho de muerte? Simplemente no quería ser olvidado.

Ya te advertí de que no sería bonito.

SECCIÓN ADULTOS

**Candy Candy: Una aventura de Ramiro Chinchilla
y su hija Jénifer**

Claudio Cerdán Reina
de Yecla (Murcia)

La pizpireta Jénifer soltó la mano de su padre y se acercó corriendo para saber por qué había tanta gente en fila frente al centro comercial. Al principio de la cola se encontró con un empleado de seguridad que le impedía el paso.

– *Hola, buen señor* –saludó ella muy educada–. *¿Acaso hay un concierto esta noche?* –El guardia miró a la pecosa de ocho años y bolso fucsia un poco sorprendido.

– *En efecto.*

– *¿Es gratis?*

– *No, tienes que comprar una entrada. La taquilla está al fondo.*

En aquel momento Ramiro Chinchilla alcanzó a su hija.

– *¿Y quién toca?* –preguntó la pequeña.

– *Candy Candy* –contestó el guardia.

La niña no tenía ni idea de quién era Candy Candy, pero le pareció un nombre monísimo y superbonico, textualmente. Se enganchó de la manga de su padre emocionada de poder asistir a su primer concierto.

– *Papá, ¿podemos entrar? Toca Candy Candy.*

– *No sé hija...*

– *Por favor, papá...*

Aquella era la maldición del padre divorciado. Tenía el fin de semana para pasarlo con su hija y era incapaz de negarse a sus caprichos.

– *Está bien, compraremos una entrada.*

Jénifer se abrazó a su progenitor dando saltos de alegría. Ramiro, al ver el entusiasmo de la jovencita, se limpió las babas con un pañuelo que había comprado a tal efecto.

Al cabo de un rato ya estaban dentro del recinto. A Ramiro le daban mala espina unos greñudos que se fabricaban sus propios cigarrillos, aunque una vez encendidos olían como al incienso de la iglesia. Observó entonces la indumentaria que tenían los demás asistentes al

concierto, con camisetas satánicas y pulseras de cuero. Sus miedos se acrecentaron cuando subió el grupo al escenario. Iban a pecho descubierto, con tatuajes por toda la piel y peinados con cresta.

– ¡*Bienvenidos al infierno, putas!* –Saludó el vocalista–. ¡Somos El himen roto de Candy Candy y estamos aquí para daros por el culooooo!

Ramiro miró en todas direcciones buscando una salida, pero se topó con los ojos verdes e inocentes de su primogénita, la cual apretaba el bolsito rosa contra el cuerpo.

– *Papá* –dijo–. ¿Qué es una puta?

Estuvo a punto de contestarle que se lo preguntase a su madre, que ella lo sabía muy bien, pero optó por taponarle los oídos ante la avalancha de decibelios.

Al día siguiente, Ramiro se despertó con dolor de cabeza. La noche había sido una tortura aunque ahora le parecía sólo un mal sueño. Eran las once de la mañana del domingo, demasiado tarde para ir al zoo, tal y como le había prometido a la dulce Jénifer el día anterior.

Su perro fue a recibirle agitando el rabo. Al acariciarlo se percató de que no llevaba el collar. Lo encontró al cuello de su hija. La niña se había oscurecido los ojos con betún de zapatos, había usado el rotulador de marcar CDS para pintarse las uñas de negro y dibujarse un enorme tatuaje en el brazo izquierdo. Además, en su bolsito rosa aparecía la palabra PUTA escrita con letras mayúsculas. Cuando Jénifer vio aparecer a su padre en el umbral de la puerta, hizo el gesto de los cuernos con la mano y dijo:

– *Bienvenido al infierno, papi.*

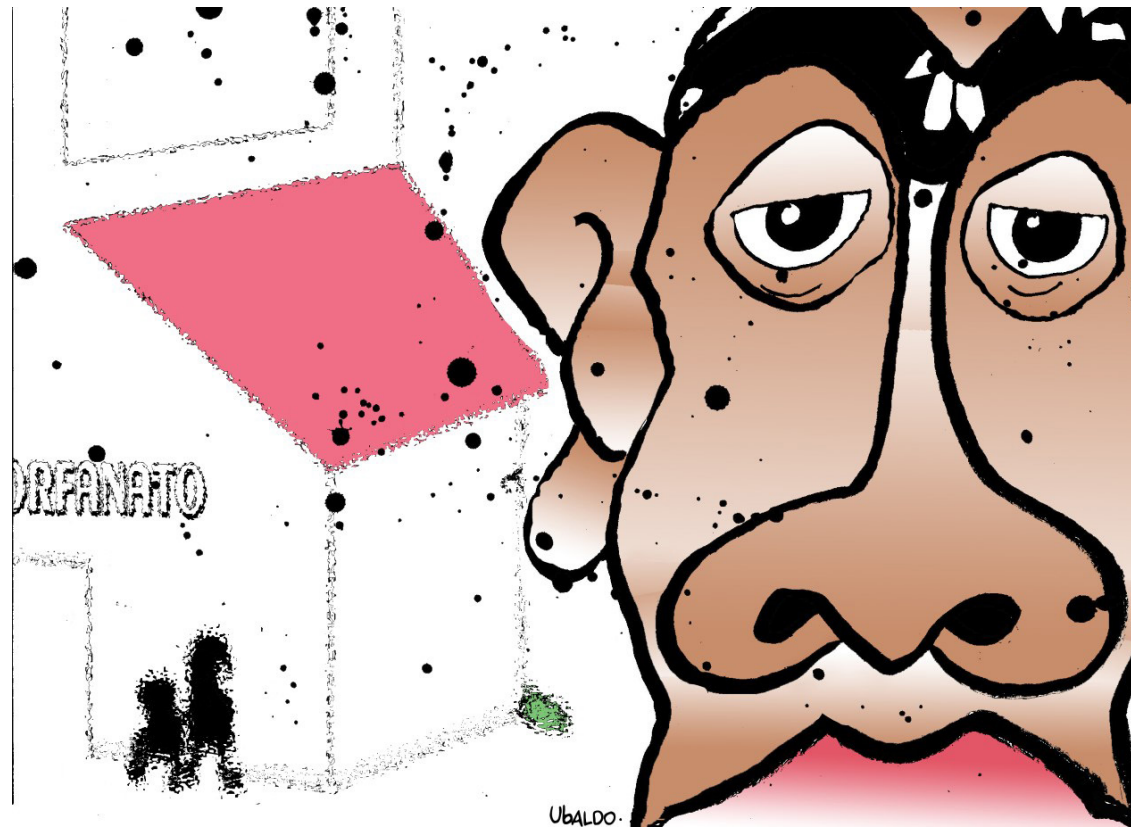
Ramiro Chinchilla exhaló el aire de sus pulmones por la nariz todo lo lento que pudo mientras se preguntaba cómo iba a explicarle a su exmujer lo que había sucedido.

SECCIÓN JUVENIL

Bamba

Pablo Orteu García

de Azuqueca de Henares (Guadalajara)



Ya es de noche. Hoy cumplimos dos semanas en esta casa. A mí me parece un barrio muy sucio y oscuro. Nuestra casa es pequeña, pero a mamá le parece muy grande. Mamá dijo que nosotros venimos de muy, muy lejos, creo que de África... En este lugar casi todo el mundo tiene el cuerpo de color blanco. Nosotros no. Somos marrones, dice mamá. Pero no importa. ¿Qué más da ser de otro color? Como las flores. Las flores son de distintos colores y todas son igual de bonitas...

Cuando el hermanito que mi mamá tiene en su barriguita nazca, yo cuidaré de él como un hermano mayor RESPONSABLE... no sé qué significa, pero bueno, lo haré de todas formas. Mamá cuida de mí durante todo el día. Limpia la casa, hace la comida... Mi papá trabaja vendiendo enciclopedias y diccionarios. A veces llega tarde a casa. Trabaja mucho tiempo... Bueno ya es tarde. Mamá me ha dicho que me acueste...

La puerta de entrada se abrió. Un hombre negro, de pelo moreno, vestido con unos vaqueros y una camisa de tirantes blanca acababa de entrar.

– *¿Dónde has estado?* –preguntó su mujer–. *Apesta a alcohol...*

– *Déjame, vale.*

– *Has estado bebiendo* –afirmó ésta.

– *Quiero acostarme ya... vamos a la cama.*

– *Cómo quieres que pagemos la casa si tú te dedicas a beber.*

Bamba que había escuchado voces, se acercó curioso a la puerta que separaba el salón de los dormitorios.

– *Vale que no contemos con agua potable, que no contemos con electricidad, pero si te gastas el dinero en... basura, cómo esperas que vivamos aquí.*

– *Ah, ¿sí?* –dijo este alzando el tono de voz–, *¿por qué no buscas tú trabajo? Te parece fácil.*

– *Vale yo me quedaré aquí en casa haciendo lo que tú haces... No quería decir eso* –se excusó.

- *Pues lo has dicho.*
- *Lo siento, vale, pero no podemos permitirnos este gasto tuyo* –susurró.
- *Pues si no es el alcohol, dime tú qué merece la pena de esta... mierda de vida* –dijo en un murmullo apenas imperceptible.
- *¿Qué has dicho?*
- *Nada, déjalo.*
- *Has dicho algo...*
- *¡No he dicho nada!* –dijo alzando el brazo con gesto violento.

Bamba volvió a su cuarto. Sus padres se acostaron sin decir ni una palabra más.

Repetidas veces se produjo esta escena. El marido con su hábito nocturno volvió durante dos semanas seguidas a las dos de la madrugada. Se repitieron las mismas discusiones, y todas ellas las escuchó Bamba.

- *Me prometiste que no volverías a hacerlo.*

Esta vez él no responde. Se enciende un cigarro y mira por la ventana. Esta le sigue y le agarra de la cintura para que le escuche. No lo consigue. Le coge del hombro con fuerza, exasperada. Él le da una bofetada dando por finalizada la conversación. Ella se queda inmóvil. Bamba impotente frente a la puerta no sabe qué hacer. Su padre le sorprende cuando este se dirige a su habitación.

- *¿Qué haces todavía despierto Bamba?*

Permanece callado.

- *Vete a tu cuarto*

El chico afirma con la cabeza. El hombre va a su habitación. Coge de la poca ropa que tiene un par de camisas y un pantalón. Lo mete en una bolsa.

Mientras tanto, la mujer regresa a su dormitorio. Se encuentran en el pasillo.

- *¿Te vas?* –preguntó aterrada.
- *Sí. No hay nada que me retenga aquí.*
- *¿Cómo qué no? ¿Tu hijo no es nada, yo no soy nada para ti...?*

No hubo respuesta. Siguió su camino hacia la puerta.

Han pasado ya unos días en los que Bamba se pregunta dónde está su padre.

- *¿Dónde está papá?*
- *Está... buscando trabajo, eso es, se ha ido a otro lugar lejos de aquí en el que a lo mejor podríamos vivir en una casa más bonita... todos...* –empezó a llorar.
- *¿Por qué lloras?*
- *Por nada, se me ha... metido algo en el ojo* –respondió sonándose.

La madre de Bamba encontró trabajo en un *Fast Food*, de señora de la limpieza. Su salario era terrible, pero no tenían otra opción. Todos los días que esta trabajaba, Bamba tenía que ir con ella.

Y en una ocasión...

- *Oye mamá, falta mucho.*
- *Bamba, cariño, no te quejes.*

Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano. Vhanú, (la madre del niño), estaba embarazada de ocho meses, dos semanas y tres días. Ya no podía permitirse el lujo de agacharse sin sufrir una contracción.

- *Mamá, creo que te has hecho pis* –dijo Bamba riendo.

No era pis exactamente. Vhanú acababa de romper aguas.

- *Rápido Bamba, llama a mi compañera y dile que llame a una ambulancia.*

Bamba fue tan rápido como pudo a buscar a Elena, una empleada que trabajaba allí. Él no sabía que significaba la expresión romper aguas pero por la cara que su madre había puesto debía ser urgente.

Elena llamó a una ambulancia. Vino bastante rápido, considerando que el hospital se encontraba a tres kilómetros de allí. Llegaron a tiempo al paritorio. Bamba mientras tanto esperó fuera con una enfermera que le hacía compañía.

- *Así que, ¿vas a tener un hermanito?* –dijo con una sonrisa dibujada en la cara.
- *Sí* –respondió Bamba azorado, pues la chica era guapa y no podía creerse que estuviera hablando con él– *mamá dice que se llamará Buba.*
- *Que nombre tan bonito.*
- *Sí, es bastante bonito. Creo que así se llamaba mi abuelo.*
- *¿Y va a venir tu abuelo a ver al bebé?*
- *... No sé. Yo no conozco a mi abuelo. A lo mejor al enterarse de que ha nacido viene a hacernos una visita.*
- *Oh...* –dijo dándose cuenta de que o su abuelo había muerto o desde luego seguía viviendo en África– *bueno, estoy segura de que todo va a salir bien. Y no te preocupes si tardan mucho, ha habido partos que han durado más de quince horas.*

Bamba bostezó.

- *¿Estás cansado?* –preguntó la enfermera.
- *Sí, un poco.*
- *Si quieres puedes dormir un rato, y cuando nazca tu hermanito te aviso, ¿vale?* –Este afirmó con la cabeza.

Dos horas después...

- *Yo no puedo... por favor doctor Arranz...*
- *Mujer, no llores* –consoló el médico.
- *Yo no puedo decírselo* –sollozó la enfermera.
- *No te preocupes se lo diré yo.*

- *Es tan pequeño, tan inocente, por favor ten mucho tacto.*
- *Lo tendré* –dijo abrazándola– *lo tendré...*

Se acercaron al cuerpo dormido de Bamba.

- *Bamba* –dijo la enfermera tocándole la cabeza–, *Bamba, el doctor Arranz tiene que contarte algo.*
- *¿Qué?* –preguntó frotándose los ojos y despidiendo un largo bostezo.
- *Bamba...*
- *¿Ya ha nacido Buba?*

Terminada la pregunta se despertó un llanto en el interior de la enfermera.

- *Bamba, tu mamá y tu hermano... han muerto esta tarde.*

El chico no sabía cómo reaccionar. No era posible. ¿Por qué, cómo? Si ella solo tenía que tener a Buba y ya está... Se echó a llorar.

- *Tú mamá tenía una infección con la que contagió a tu...*
- *Déjalo doctor.*

El médico abandonó la sala. La enfermera abrazó a Bamba con fuerza. Pasaron varios minutos en los que los dos se desahogaron mutuamente.

La mujer se sentía apenada por el niño, por la madre, en fin, por todo lo sucedido... El chico no sabía que estaba pasando. Quería abrir los ojos y descubrir que todo había sido una pesadilla. Que su madre estaría a su lado, con el recién nacido entre sus brazos. Que su padre apareciese por aquella puerta y les dijese que no se iban a tener que volver a separar nunca más. Que todos estuviesen juntos...

Bamba no quería nada más.

Mientras tanto, el doctor discute con la asistente social por la custodia de Bamba...

– Verá, tengo entendido que la madre cuidaba sola del niño desde hacía unas semanas, no sabemos dónde está el padre –le explicó el doctor–. Es una familia africana que vino hace poco de su país. Supongo que si hay algún familiar cercano debe encontrarse en África.

– En ese caso no tengo más remedio que llevármelo a un centro de menores –dijo con frialdad.

– Haga lo que tenga que hacer.

La mujer le ofreció la mano para despedirse.

– Dígame dónde puedo encontrar al chico.

– Sala 304, gire a la derecha y continúe recto, allí la encontrará.

– Bien, nos veremos.

Esta siguió las indicaciones y pronto encontró la sala...

– Adelante– dijo la enfermera incorporándose del sillón en el que había dormido anteriormente Bamba.

– Perdón, es esta la sala 304, ¿verdad?

– Sí, ¿por qué?

– Soy Mercedes, asistente social. Estoy buscando a Bamba.

– ¿Para qué?

– Me lo tengo que llevar. Estará en un centro de menores hasta que cumpla la mayoría de edad.

– No puede llevárselo.

– En realidad sí puedo, de hecho, me lo pienso llevar ahora mismo.

– Tiene que haber alguien que se haga cargo de él.

– No hay nadie, ya me he encargado de ese tema. Le pediría por favor que no cuestione mi trabajo. Y ahora; el niño.

Esta se echó a llorar.

– Lo buscaré yo personalmente.

Bamba estaba sentado frente a una ventana, encogido sobre sí mismo.

– ¿Eres Bamba?

No respondió.

– Tienes que venir conmigo. Te voy a llevar a un sitio en el que tendrás una habitación, habrá niños con los que podrás jugar... Bamba ven conmigo.

Esta le ofreció la mano para que se fuese con ella.

– No quiero ir a ninguna parte.

– ¿Por qué?

– Quiero estar con mi mamá.

– Bamba, tu mamá... tu mamá no quería que tu hermano que estaba muy malito se fuese solo al cielo, ¿lo entiendes?

– Pero y yo qué –preguntó frustrado– ¿Es que a mí no me quería?

– Pues claro que te quería. Pero cuando una persona nace no puede manejarse sola, necesita alguien que le ayude, y tú sin embargo ya eres mayor. Tu mamá te consideraba un niño muy responsable, ¿sabes lo que significa?

Bamba negó con la cabeza.

– Significa que eres un niño cuidadoso, educado... y que puedes valerte por ti mismo.

Este reflexionó.

– Está bien iré con usted.

– Muy bien –dijo sonriendo.

Bamba se quedó en el centro de menores de Santa Eugenia hasta que cumplió los dieciocho años.

Las cosas le fueron bien.

Pero todavía espera que alguien vaya a buscarle...

SECCIÓN INFANTIL

Érase un oso

De Elvira Bartolomé Sánchez
de Madrid

Érase una osa que estaba muy sola. Entonces quería tener un osito, siempre lo pensaba. Y llegó una mañana que la osa se sentía embarazada.

– *¡Qué alegre estoy, por fin voy a tener un osito!* –dijo la madre muy contenta.

Y la madre, esperando y esperando, pero no le había nacido el oso. Pero llegó un día que la madre se sorprendió, por fin le había nacido un oso como ella quería.

– *Qué bonito oso* –exclamó la madre. Y estuvieron hibernando muchos días.

Un día la madre se sentía muy flaca y tenía hambre. Entonces le dijo la madre al osito:

– *Voy a buscar comida, quédate en la cueva y no te muevas, ¿vale?* –dijo la madre hambrienta–. *Sí* –dijo el osito.

Entonces el osito llevaba un rato esperando a su madre. Y pensó no me pasaría nada si saliera fuera de la cueva. Y salió, pero no sabía qué comer. Y vino la madre y le pilló fuera de la cueva.

– *Te dije que no salieras de la cueva* –le dijo la madre al oso algo enfadada.

– *Sí mamá, solo quería comer, es que tenía mucha hambre* –dijo el osito.

– *Vale, la próxima vez te dejaré venir conmigo* –dijo la madre.

Y llegó el próximo día.

– *Venga osito, vente conmigo a buscar comida* –dijo la madre despertándole.

– *Sí, ya voy ¡Aaaaaaay!* –dijo el osito bostezando.

Y la madre le enseñó al osito lo que tenía que comer y lo que no.

– *Mamá, me has enseñado mucho y yo ya soy mayor. ¿La próxima vez puedo irme solo?* –le dijo el osito.

– *Bueno, vale* –le dijo la madre.

Llegó la mañana y el osito se fue solo a buscar comida, entonces ya sabía lo que se comía y lo que no. Y cuando volvió le dijo a la madre que se buscaría una cueva para él solo.

III Certamen Año 2010

SECCIÓN ADULTOS

La fuente de los deseos

Germán Ruiz Tendero
de Albacete



El otoño me tendió una alfombra de hojas rojas, una trampa ilusoria que me sedujo como un canto de sirena en medio de la nada. Me deslicé insensato como insecto suicida hacia la luz. Había pasado por allí cientos de veces, pero aquella noche todo parecía ser diferente, las viejas puertas del parque, de goznes roídos por el robín, se dejaban balancear levemente por la brisa. Sin darme cuenta ya estaba dentro. Atrás quedó la torre de la Iglesia, cuyo reloj marcaba las tres y cuarto de la madrugada.

Recorrí el paseo central, custodiado por robustos álamos, cuyas cortezas se habían convertido con el paso del tiempo en murales del idilio, donde aparecían grabados un sinfín de corazones, unos rotos y otros atravesados de lado a lado entre iniciales coloquiales.

El manto de hojas desviaba mi atención, entre pardas y azuladas por el efecto de los farolillos. Uno de ellos tintineaba curioso a lo lejos, en una zona cerrada por arbustos, y en cuyo centro se hallaba la fuente, llamada por los lugareños, de los deseos. Continué caminando hacia allí, conmovido por la sensación de sentirme dueño y señor de todo aquello. Estaba solo, y libre a la vez.

Poco a poco me alejaba del paseo central, crucé varios senderos, más adelante los setos podados, el kiosco de los helados y la balsa de los patos, acurrucados todos, sobre una sola patita durmiendo ajenos a mi presencia. El farolillo cada vez tintineaba más y más cerca hasta que pude llegar a tocarlo. Aquella escena del parque era peculiar, me encontraba en el corazón perdido de una de las alas del entramado arbóreo. Rodeándome, una serie de arbustos ensombreados que parecían moverse por el efecto luminoso del farolillo estropeado, que encendía y apagaba la noche a su antojo. Frente a mí, rodeada por varios cercos concéntricos de rosales, aparecía la fuente de los deseos, respirando agua por un solo caño central. Constaba de un amplio círculo de piedra, de unos 12 pasos de diámetro que alcanzaba en altura mis caderas. Embelesado me senté en un banco cercano, de madera carcomida por lo años, pero con fuerzas para seguir cumpliendo su función. El sueño y la fría niebla que subían desde el río no muy lejos de allí, comenzaron a apoderarse de mí. Justo en aquel momento, dejó de fluir el agua del torpe caño, y al instante quedó la superficie plana como un espejo. Ahora sí, el silencio se apoderó de todo el parque.

Decidí levantarme, tenía ya los dedos de los pies entumecidos, había llegado el momento de marcharme. Sin embargo, quise acercarme aún más a la fuente, era tarde, no había nadie y pude atravesar los rosales sin muchos problemas. Era la oportunidad de hacer algo que en otras circunstancias no me atrevería. Sorteando con cuidado el ramaje espinoso, llegué hasta el mismo borde con no más de cinco arañazos en las manos. Agarrado al rugoso perfil de piedra, me incliné hacia delante y pude contemplar el fondo repleto de monedas de todos los tipos y épocas. Tantos y tantos deseos que personas y personajes creyeron se cumplirían. De repente, una moneda entre todas llamó mi atención, Era grande y plateada, con una especie de inscripción que la cruzaba de canto a canto. Me propuse cogerla con la intención de observarla de cerca y dejarla de nuevo en su sitio, pero se encontraba hacia el interior y resultaba complicado. Me subí la manga del abrigo y apoyé mi cintura en el borde para intentar cogerla. El agua helada parecía entrar directamente en mis venas, hasta que llegué a tocar la moneda. Estaba bien fijada al fondo, como si llevara ahí toda la eternidad. Por fin, logré arrancarla de su lecho, levantando una densa nube de lodo en el agua, pero el contrapeso de mis piernas cedió, haciéndome perder el equilibrio, de tal manera que caí al fondo golpeándome la cabeza. Quedé semiinconsciente, sin poderme mover. La cara apenas sobresalía hacia la superficie, lo justo para tomar alguna bocanada de aire. En frente seguía viendo el farolillo intermitente. Pasó un buen rato hasta que comencé a sentir como mi cuerpo se depositaba en el fondo. El agua había desaparecido extrañamente. Apenas recobré la movilidad, aún tumbado en el húmedo suelo de la gran pileta, me di cuenta que tenía aferrada la moneda plateada en mi mano, alcé el brazo buscando algo de luz para poder contemplarla finalmente. Sólo entonces me di cuenta que había quitado el tapón de la fuente.

SECCIÓN ADULTOS

Los Symperonics

Francisco García Bausán
de La Roca del Vallés (Barcelona)



Pequeños seres ancestrales surgidos de las entrañas del averno. Dispersos entre nosotros, casi invisibles, han injerido en nuestras vidas, haciendo de ellas nuestro particular infierno. Criaturas depravadas, todo maldad, siniestras apariciones cotidianas con un único fin, engendrar el mal.

Los niños no podemos verlos, solo cuando seamos mayores... si llegamos. Los adultos son los auténticos gladiadores, pero es una lucha desigual, más que ganadores y vencidos siempre hay Symperonics y muertos.

No todos los adultos poseen la facultad de verlos y combatirlos, solo unos cuantos elegidos, mi familia entre ellos, lo que apesadumbra por siempre mi pequeña alma.

Sssshhh!... mi corazón da un vuelco, gotas de sudor emergen en todo mi cuerpo, noto su presencia en el interior de nuestro caserío, otra noche marcada por el terror y la incertidumbre; terror a lo no tangible, incertidumbre sobre nuestro paradero al amanecer.

Me encuentro oculta en la alacena, tal como me ha enseñado mi madre todos estos años. Es un lugar mágico, protegido por conjuros de dioses, que lo hacen inmune al poder de estos perversos entes. Un lugar donde aguardo hasta que mis seres queridos vienen a recogerme cuando el peligro concluye.

Esta mañana ya me lo advirtió mi madre, tiene un sentido especial para ello:

– *Esta noche Albita, seguramente tendremos su visita, acuérdate de guarecerte y no salir por nada del mundo.*

Lágrimas de amor y miedo caían por sus mejillas mientras mi pequeño cuerpo era abrazado por tiempo infinito y mi rubia melena acariciada por sus bondadosas manos.


Siento el sonido de la puerta de entrada, pasos lentos, crujir en la escalera, ¡quizás estamos de suerte!, creo que mi padre ha vuelto, el héroe de mil batallas libradas, capaz de luchar toda la noche sin recibir ningún daño, somos afortunadas de su presencia, él los devolverá otra vez al negro agujero del que surgieron.

Un suave aroma a limón hace que mi mente se libere de este mundo terrenal y mis pensamientos deriven más allá de los cielos, hacia el descanso eterno, donde tienen cobijo por siempre los buenos. Cierro los ojos y me dejo llevar... lejos, muy lejos... traspaso el umbral de lo desconocido... una sensación agradable, un soplo de aire fresco, me va invadiendo... y entonces, aparece, como un sueño escondido, la poderosa presencia de Eladio, el último guerrero fallecido, mi abuelo.

Abro los ojos y observo las nebulosas líneas de su rostro sobre el fondo de la pared de la alacena, puedo percibir su angustia, su nerviosismo por intentar comunicarse, por intentar decirme algo, pero su boca se abre y cierra, y solo un murmullo lejano llega a mis oídos. Gateo hacia la pared intentando percibir sus palabras, pero al igual que en los cuentos que me leía en la cama, el príncipe desaparece... pura bruma... puro silencio.

Recuerdos de aquella fatídica noche afloran a mi joven mente; el día en que mi abuelo nos dejó por siempre. La persona que siempre me envolvía con espacios y sabias palabras, cayó en el campo de batalla herido de muerte.

Mi padre lo bajó al sótano, había sido una lucha sin cuartel comentó, más de una decena de Symperonics contra mi abuelo y él; mi madre, que acababa de llegar de comprar del pueblo, y yo, observemos el triste final, el último resto de vida de aquel valiente, que nos dejaba ladeando la cabeza y cerrando los ojos mientras una lágrima recorría su mejilla derecha, cayendo al suelo, filtrándose más allá del infinito.

Aquella noche, mientras mi madre curaba las pequeñas heridas que había recibido mi padre, fui a despedirme del cuerpo y alma de mi abuelo. Lo habían tendido en el diván del sótano. Observaba su rostro, endurecido por los años, pero a su vez benévolo, tierno, cuando advertí que la comisura de su boca dejaba entrever parte de un blanco objeto. Con inmenso cuidado lo extraje de su interior. Se trataba de un trozo de papel, con una última nota escrita, que los guerreros de Satán le habían puesto: "¿Por qué se m  ata?... Porque se puede. "La humedad de la lengua había borrado parte del mensaje.

Un mensaje mitológico, todo simbolismo, que enterré en la noche, pero no en mi recuerdo, nadie más lo sabría.

Desde aquella noche mis padres son ya los únicos lidiadores en esta contienda, los únicos héroes de mil batallas, pero el cansancio va haciendo mella en ellos, sobre todo en mi madre, ese buen ángel, mi amor, mi todo.

Las heridas sufridas en los asaltos son cada vez más profundas, más inhumanas. Suerte de nuestro protector, el Rey de los mil caballeros, que después de los encuentros con los Symperonics aún tiene fuerzas para cuidar de su esposa, su princesa, como la denomina.

Sí, la baña, la ayuda a entrar en la bañera y la baña con ternura, le cura las heridas, los moratones, y le susurra al oído miles de historias, mientras la acaricia tiernamente. Ella no tiene fuerzas para hablar, solo deja entrever unas pequeñas lágrimas, de agradecimiento.

Sssshhh!... Se ha hecho el silencio en la casa, han desaparecido las pocas luces del exterior y vuelvo a escuchar pasos en la escalera, destellos de luz la iluminan; no!, no puedo gritar, no puedo hablar, mi cuello es una sucesión de músculos contraídos y mi cuerpo no me obedece, el terror en estado puro vuelve a entrar en nuestro hogar, otra noche de lucha, otra noche de crueldad...

Ha empezado, siento los objetos romperse contra el suelo, las paredes... los desgarradores chillidos de mi madre se instalan en mi cabeza rodando sin parar; esta noche oleadas de Symperonics se han debido sumar a la batalla.

Tornados interminables de deseos me envuelven sin final, deseos ocultos en mi memoria, encerrados en un pasado que he de dejar atrás. Desde los albores de la vida, el instinto más primario del ser humano ha sido la supervivencia, y esta noche lo voy a lograr, he de subir, ayudar, lidiar en la batalla y destronar al mal.

Mi mirada examina las estanterías de la alacena, y allí está, quieta, solemne, diríase que esperando paciente su turno, la navaja de mi abuelo. Salgo del rincón, la sujeto, la abro, un escalofrío recorre mi cuerpo, todo indica que he de estar preparada, que con solo ocho años ha comenzado mi edad adulta, esta noche podré verlos, combatirlos, unirlos a mi familia en este desigual duelo.

Tengo miedo, siento que mi piel late, pero como decía mi abuelo, no hay nada peor en esta vida que perderla por miedo a vivirla, y ese es ahora mi cometido, salir y luchar, por la esencia que da vida a mis días, por mi familia.

Salgo de la alacena, despacio, muy despacio, hacia la escalera; vislumbro sombras retorciéndose por las paredes, crujidos que rompen el silencio. De pronto una luz me indica el camino a seguir, una luz que surge del piso superior, de la estancia sagrada, la habitación de mis padres.

Subo los escalones y avanzo, navaja en mano, hacia la puerta entornada de la habitación.

Oteo el interior, allí está de espaldas, rodilla a tierra, mi padre, el paladín de mis sueños, nuestro adalid familiar. Bajo él debe de haber varios Symperonics, esta vez relegados a su suerte, porque en cuestión de segundos baja los puños y golpea, golpea, coge aire, y vuelve a golpear; gotas de sudor y sangre afloran por igual.

Voy abriendo silenciosamente la puerta, necesito encontrar a mi madre, y que sepa que ya estoy preparada, que puede contar conmigo, que las noches en la alacena ya solo serán vanos recuerdos de una infancia pasada.

El resto de la habitación parece vacía, no hay rastro de demonios, no acabo de entender... sí, ahora sí, ¡allí está!, resaltada en el fondo de la pared, al lado del lecho, la tenebrosa figura del armario empotrado. Protagonista de miles de mis pesadillas; como siempre me decían de pequeña: "No puedes quedarte a dormir con nosotros Albita, porque si no despertarás al monstruo que vive en el armario ". Deben de estar dentro.

Un prolongado gemido hiela mi sangre, dispara mi corazón.

Observo el armario, y allí está, mi madre, con el rostro ensangrentado, el cuerpo contusionado, un brazo permanece en postura de ángulo imposible; pero lo peor son sus ojos, unos ojos que inexplicablemente no expresan terror, sino más bien resignación, abatimiento, indefensión, nulo apego a la vida... pero, allí se encuentra su figura... reflejada... en el espejo del armario.

Reflejos que me oprimen el alma, me paralizan en vida, reflejos del horror más cruel, más brutal, más inhumano. Mi madre tendida en el suelo, sobre ella... mi padre, todavía golpeando.

Un último guantazo hace que su cabeza gire de lado; ahora puedo verla sin necesidad del espejo, asomando por el lateral del arrodillado. Sus ojos parecen mirarme, pero ya no está entre nosotros, está refugiada en su mundo, un mundo de fantasías, un mundo de Symperonics, un mundo sin que en su familia estén los villanos.

Mi pequeña mente va tomando conciencia de todos estos años, todo puro engaño. Comienzo a entender la muerte de mi abuelo, y quién le puso la nota, que ahora aflora claramente a mi memoria: "¿Por qué se maltrata?... porque se puede".

Siento que una ira incontrolable comienza a invadirme, tensando mis músculos, apretando mis dientes, cerrando fuertemente mis manos sobre... el recio mango.

Atravieso el umbral de la puerta, y corro hacia mi padre, navaja en alto, en el preciso momento que gira la cabeza y da un salto. Esta noche viajaremos, quizás ambos, uno al centro del infierno donde no hará más daño, el otro hacia ese lugar donde seguro, mi abuelo Eladio, me estará esperando.

SECCIÓN JUVENIL

El niño que quería atrapar mariposas

Ángela Pozuelo García
de Camporrobles (Valencia)

Le gustaba todo tipo de animales voladores pero lo que más le gustaba era salir con el abuelo a atrapar mariposas. Todos los domingos y festivos visitaba el huerto del abuelo, un hombre viejo y sabio apasionado por la naturaleza.

Aquel domingo Marc se dirigió al huerto con todo lo necesario. El abuelo lo esperaba sentado a la sombra del gran árbol, con una ramita de lavanda que paseaba entre los dientes.

Marc se lanzó a sus brazos y el abuelo, como siempre que lo veía, encontró una mariposa escondida tras su oreja.

– *¡Esta es nueva!*. –Gritó el niño emocionado.

El abuelo sonrió mientras dirigía una mirada cómplice a Carmen, su hija.

Marc corrió hasta la caseta de madera para equiparse con su material de atrapa mariposas: una red blanca y un gorro verde de explorador.

Carmen comenzaba a hacer la comida cuando Marc y el abuelo se adentraron en el bosque rebosante de lavanda, un lugar mágico cuyo aroma atraía a las más radiantes mariposas.

El niño extrañado, observó que su abuelo no llevaba puesto su gorro de explorador ni la red. Parecía agotado.

Al llegar al campo de lavanda, el abuelo se recostó sobre una roca y Marc le preguntó:

– *¿No vienes conmigo?*

El anciano, tembloroso y sin palabras, movió la cabeza en un gesto de negación y el niño, sentándose a su lado, esperó que su abuelo le dijese algo o que simplemente le cogiese de la mano. Y así, sin moverse, permanecieron durante largo rato, mientras el abuelo se recuperaba.

Cuando Carmen hizo sonar la campana para avisar que la comida estaba preparada, los dos se dispusieron a regresar a casa lentamente. Marc ayudando a su abuelo que apenas podía caminar.

Tras la comida el abuelo se quedó profundamente dormido junto al fuego, en su gran mecedora de madera. Mientras, Carmen leía un antiguo libro de misterio. Y Marc, aburrido e inquieto, decidió volver al bosque, esta vez solo, para intentar de nuevo atrapar alguna mariposa.

No lo podía creer. Había mariposas por todas partes. Eran deslumbrantes, llenas de brillantes colores, reflejando los destellos del sol que se colaba entre los árboles.

Marc daba enormes saltos para capturarlas, corría tras ellas, se colgaba y trepaba a las ramas de los árboles... Sin embargo añoraba al abuelo. Sin él no era tan divertido cazar mariposas. Estaba tan preocupado por él...y en ese momento, sin pretenderlo, pisó una pequeña mariposa.

- *¡Ay, me has hecho daño!*
- *Perdona, –dijo el niño extrañado, sin saber muy bien de donde procedía aquella voz.*
- *Estoy aquí, chaval, bajo tu pie.*

Al levantar el pie, Marc descubrió una linda mariposa, que en un vuelo rápido se posó sobre su mano. La mariposa observó las manos de Marc, sus dedos, sus pies...sus pesadas extremidades y añadió:

- *Tengo una idea. ¿Te gustaría volar, mecerte en el aire fresco y estar rodeado de las mariposas más bellas que has visto jamás?*

Marc no lo dudó. Imaginando lo divertido que sería, trepó hasta el árbol y se lanzó al vacío. Sintió una gran corriente de aire que lo elevaba. Después el silencio, la nada...

Debió haber pasado largo rato cuando escuchó a lo lejos el aullido de un lobo, el canto de los grillos y... una mujer que gritaba. Mi madre viene a buscarme por fin, pensó.

Marc, tumbado sobre la tierra intentó levantarse pero no podía hacerlo. Tenía un ala rota. Entonces... ¿quién era aquel niño tendido junto a él? Y desde su cuerpo de mariposa gritó:

- *¡Mamá, estoy aquí, soy yo!. ¿Por qué no puedes oírme? ¿No me reconoces?*

Pasaron muchos días y Marc se convirtió en una más de aquellas bellas mariposas a las que nunca había podido atrapar. Pero echaba tanto de menos a su madre y al abuelo... Si pudiera volar hacia ellos... Sin embargo su ala seguía rota.

Un día Marc vio a un viejo con gorro verde acercándose hacia él. ¡Era el abuelo! Seguro que él lo reconocería. Intentó gritar con todas sus fuerzas pero no hizo falta. El abuelo se dirigió directamente hacia la mariposa del ala rota, la acogió en la suavidad de sus grandes manos y se dirigió a casa dispuesto a curarla.

Al día siguiente Marc despertó en la casa familiar, inundada de olor a lavanda que se colaba por las ventanas abiertas. Se escuchaba el canto de los pájaros, y el abuelo había preparado un desayuno exquisito. Marc quería quedarse allí pero... El nuevo día lo había sorprendido convertido en una mariposa con brillantes y enormes alas multicolor. Ahora sus alas eran firmes y fuertes. Su destino era volar. Pero no... no se iría de allí sólo. Quería volar acompañado de aquel hombre viejo y agotado al que tanto amaba.

- *Esta vez no me dejarás volar solo ¿verdad abuelo?*
- *No, claro que no, mi pequeño. –Contestó el abuelo–. Pero... mi cuerpo pesa demasiado.*

Y mientras el abuelo con los ojos cerrados, buscaba reposo en la gran mecedora de madera, una mariposa multicolor brotaba de su pecho alzando el vuelo junto a su nieto.

- *Vamos abuelo.*
- *Vamos mi querido Marc.*

SECCIÓN INFANTIL

El mundo de la fantasía en 5 capítulos

Gabriel García Carmona
de Madrid

El mundo de la fantasía 1

Hace tiempo un niño se aburría con todo el mundo. Le gustaría vivir en un mundo de fantasía. Un día fue al campo y pensó como vivir en un mundo de fantasía, pero eso era imposible. Se apoyó en un roble y de repente se cayó en el agujero del roble, de repente se encontró en un mundo de dragones, sirenas, elfos, duendes, hadas, reyes, princesas, reinas, príncipes, reyes ranas animales que hablaban, caballeros y muchas, muchas cosas más.

De repente quiso investigar ese mundo tan raro. Pensaba que estaba soñando, se pellizcó y en vez de despertarse se hizo daño. Entonces preguntó dónde estaba.

Vio un cartel de un duende que se buscaba por un robo de la corona del rey de ese lugar entonces y conoció el nombre de ese reino: el Reino de los Cuentos y decidió buscar al duende. Éste, por lo visto, se encontraba en el reino oscuro, al que nadie del Reino de los Cuentos se había atrevido a entrar. Pero el niño se atrevió a entrar en el Reino. Vio al duende escapar pero le siguió a un callejón sin salida, lo atrapó con una cuerda que había por allí.

La recompensa era casarse con la princesa, solo le dio un beso y volvió a la realidad y pensó que vivir en un mundo de fantasía no era la mejor idea porque de tanta aventura uno siempre se puede cansar....

El mundo de la fantasía 2

Os acordáis de la otra historia pues esta es la segunda parte que-réis saber de qué trata pues mirar muy bien.

Pasaron los días pero el niño seguía aburriéndose. Quería volver a ese mundo de cuentos para investigar un poco más. Alguien le sorprendió sin atender y le mandaron al despacho del director. Era su oportunidad para escapar, se fue al campo y otra vez volvió al roble para volverse a tirar por el agujero para volver a ese mundo de cuentos. Una rana le vio y explicó al resto que ese niño era el que les había salvado de ese duende malvado que robaba a la gente. Así el niño le pidió información sobre estos reinos. Para explicárselo la rana

le invitó a su castillo que era de cuento. El Rey Rana le dio información sobre estos reinos y le contó una historia: Hace mucho tiempo al caer el meteorito que destruyó a los dinosaurios hubo una radiación que afectó también a nuestro mundo, pasados los años apareció una zona oscura entonces y los que vivían por esa zona se volvieron malvados. Desde entonces nadie se ha atrevido a pasar a ese lado. Le explicó que alguien les robaba por la noche pero nadie se había atrevido a investigar quién era y a coger al ladrón hasta que llegó él y se inmiscuyó en el mundo oscuro.

Después de esta historia, invitó a comer al niño y a dar un paseo con él. De repente, el niño se dio cuenta que se había quedado demasiado tiempo en el mundo de los cuentos. Una alarma le distrajo de ese pensamiento. Había sonado en el castillo del Rey Rana, le habían robado la corona. El Rey reconoció al ladrón: había sido el cazarrecompensas que trabaja para el Rey Negro. Entonces pensó: tengo que hacer algo.

El mundo de la fantasía 3

Fue al Reino Negro a encontrar a ese tal cazarrecompensas para coger todo lo que había robado del país de los cuentos y devolvérselo a sus dueños. Vio al cazarrecompensas huir con la corona del Rey Rana, entonces le persiguió y el cazarrecompensas huyó súper rápido, lo siguió hasta un callejón sin salida y de repente desapareció sin dejar rastro. Entonces volvió al país de los cuentos y allí pensó donde se podía haber metido y dijo: quizás le ha dado a una palanca que se comunicaba con un pasadizo secreto. Volvió al mismo callejón, entró hasta dentro del todo y fue buscando alguna palanca pero no encontró nada. Se sentó en una caja y de pronto se abrió un pasadizo secreto y fue cayendo por las escaleras y vio al cazarrecompensas que cargaba un camión con todas las cosas que había robado. Incluso poseía el collar de Cenicienta, el niño lo recuperó y se fue pitando de allí. Entonces el cazarrecompensas llamó al ejército que patrullaba las calles para que le cogieran. Entonces los guardias le cortaron el paso, pero el niño consiguió escapar hasta el parque oscuro, y entró en el castillo del Rey Negro. Le persiguieron por todo el castillo hasta que se quedó atrapado, sin querer pulsó un botón y cayó a las mazmorras

del castillo, donde también se encontraba el Rey Rana, que había sido apresado mientras él intentaba detener al cazarrecompensas.

Los captores se habían dejado las llaves de las mazmorras cerca. El niño vio las llaves y pensó como cogerlas...

El mundo de la fantasía 4

Mientras, el Rey Rana atrapó una mosca con su lengua y eso le dio una idea. Rey Rana, ¿por qué no coges con tu lengua las llaves?— Así lograron abrir las puertas y mientras miraban por donde salir de las mazmorras, llegó el Rey Negro que cogió de manos del cazarrecompensas la corona del Rey Rana, colocándosela en la cabeza, al tiempo que la corona de oro se volvía negra. Ahora al Rey Negro sólo le faltaba el cetro del mago para poder convertirse en rey de los dos reinos, lo que provocaría caos y destrucción y al final todo el mundo se volvería malvado. El Rey Rana y el Caballero, que es como llamaban al niño misterioso, lograron escapar gracias a la habilidad del Rey Rana con su lengua, se metieron por el conducto de ventilación y fueron a la sala del trono y vieron que el Rey Negro tenía la corona del Rey Rana, que se enfureció y se tiró encima del Rey Negro. Entonces el cazarrecompensas le tiró un dardo tranquilizante, durmiéndole momentáneamente. Lograron así volver a capturarles, y el Rey Negro le retó a un combate a vida o muerte...

El mundo de la fantasía 5

El Rey Rana aceptó el reto, lucharían con espadas muy afiladas. El ganador se iría y el que perdiera sería apresado para después meterlo en un agujero negro para no sacarle de allí nunca más.

El combate se inició y así mismo comenzaron a luchar sin parar. En un descuido, el niño conocido como Caballero que se encontraba allí, logró conseguir el cetro que tenía el Rey Negro, de repente surgió un agujero negro donde cayó el Rey Negro y el Caballero, que logró vencerle y salir del mismo, donde para siempre quedaría el malvado Rey Negro. Una vez desaparecido el Rey Negro, los dos mundos se volvieron a unir: el maravilloso mundo de los cuentos volvió a ser lo que era. Esa misma noche hicieron una fiesta para celebrar la derrota del

Rey Negro y coronaron al Caballero como príncipe oficial del Reino de los Cuentos.

Aquella noche el niño caballero se pasó toda la noche con la princesa de la que se había enamorado porque era muy guapa por dentro y por fuera. Cuando acabó la noche se besaron y decidieron casarse la próxima vez que se vieran. Luego el Rey y la princesa le acompañaron a la puerta que daba al mundo de los humanos. El niño Caballero les dijo adiós, abrió la puerta y se marchó fuera del roble, volviendo a su casa y contando su historia a toda su familia a la que preguntó: pensar cómo os gustaría que fuera vuestro mundo de fantasía.

V Certamen Año 2012

SECCIÓN ADULTOS

Pecado original

Eduardo Rodrigo Medina
de Guadalajara



Aún recuerdo aquella noche. Ya ha pasado un tiempo desde entonces, un mes justo, pero la sigo recordando a diario. Y a diario continuo sintiendo esa mezcla de angustia e incertidumbre, de gratitud también, una combinación imposible de olvidar de por vida.

Salimos del curso bastante tarde porque don Ángel se entretuvo intentando explicarnos el fundamento principal del pecado original. No recuerdo quién le abordó sobre el asunto, pero sí sé que el rostro se le torció e intentó desterrar su brote de contrariedad para retomar el diálogo. Imagino que debió sentir pánico porque, a fin de cuentas, todos estábamos allí buscando esa absolución.

El caso es que, aun sin aclararnos demasiado la cuestión ni disipar nuestras dudas tan galopantes como urgentes, se nos hizo tarde. Era noche cerrada y llovía. El frío te acuchillaba el alma, o así lo sentía yo, como mordéndome las entrañas. Don Ángel se empeñó en acompañarme a casa, pero le hice desistir. Le enumeré varias razones difusas y, al tiempo, eché a andar bajo la lluvia. Él se quedó dubitativo en el umbral de la puerta, con el rictus contrariado, pero acabó entrando de nuevo en busca de calor. Yo, consciente de que Ramón ya habría llegado del trabajo, decidí acelerar el paso mientras sorteaba, no sin dificultad, los numerosos charcos. Miré el reloj y dudé frente al oscuro siniestro callejón. Apenas sin pensarlo un instante, decidí atajar por él para llegar antes a casa y poder frenar la incipiente tiritera y malestar general que arrastraba durante toda la tarde, acrecentando en los últimos minutos. Tan pronto como me aventuré a atravesarlo sentí un escalofrío y un temblor de piernas que me hizo rebajar el paso. De hecho, sentí como mis muslos se humedecían en lo que atribuí al acierto de la insistente lluvia. A partir de ahí, y en el más absoluto abandono, todo ocurrió en lo que yo juzgué unos instantes que sin embargo me pesaron como una eternidad.

Me recuerdo tumbada de pronto sobre la calzada empapada. Pese al frío cortante, sé que sudaba. Las imágenes se me nublaban a partir de entonces porque la visión me debilitó, pero tengo la convicción de que dos chicos de color, si no tres, salieron de la nada. La oscuridad solo se vio rota por la blancura de sus dentaduras y ojos. No sé si eran dos o tres. Sí sé que su presencia me reportó cierta tranquilidad tal era mi situación, pese a que uno de ellos me comenzó al rato a apretar

con fuerza los brazos mientras otro se deslizaba más abajo de mi vientre. Tengo grabada la imagen de mi falda sobre mi pecho y sentí las medias en mis tobillos.

El dolor apenas me dejaba respirar por lo que estoy convencida de que no grité. Sí sollocé y logré balbucear algo que no recuerdo, y una mano tan fría como la noche limpió de lágrimas mis mejillas. Luego, una voz que me sonó a dulce intento de frenar mi desesperación y lamento por medio de unas palabras que no entendí. Mis ojos vidriosos no me dejaban discernir con claridad, pero noté el flujo de mi sangre corriendo por mis piernas. Me sentí desfallecer, pero continúe consciente porque me acuerdo que otra mano oscura, casi indistinguible en la opacidad de la noche, se introdujo en mi bolso y se hizo con mi móvil. Ellos, no sé si dos o tres, intercambiaron breves palabras atropelladas entre sí. Se los notaba nerviosos. Yo, mientras en un curioso arrebató me dediqué a pensar en mi madre, a recordarla, a extrañarla, a necesitarla.

Los minutos debieron de ir pasando ante mi angustia porque, sin saber entonces cómo ni por qué, llegó hasta mí el lejano sonido de unas sirenas. Un rato después, aún no sabría decir si un par de minutos o de horas, las luces intermitentes comenzaron a romper la oscuridad de aquel lúgubre lugar. Entonces me percaté de que los dos o tres chicos de color habían desaparecido. Debieron de hacerlo tan pronto como escucharon la lejana advertencia de las sirenas. Es curioso, un sonido tan molesto como aquel me tranquilizo sobremanera. A ellos les debió de aterrar.

Una vez que estaba siendo atendida a la entrada del callejón sonó a lo lejos mi celular. Pude distinguir que estaba junto al bolso. Los sanitarios me acercaron todas mis pertenencias, mas la llamada de Ramón quedó relegada ante el desconcierto general.

Me trasladaron directamente al hospital. Allí me sometieron con prontitud y diligencia a diferentes análisis y reconocimientos. Todo parecía estar en orden. Así me lo hizo saber el equipo médico. Después, más calmada, recibí la primera visita. Fue la de don Ángel, antes incluso que la de Ramón. No sé cómo logró enterarse, porque revise mi móvil ya mucho más serena y la única llamada saliente había sido al 112.

Tampoco me importó, porque tenía dudas que me corroían más, sobre todo las concernientes a unas horas antes y al paradero de las dos o tres personas que hicieron que mi gratitud, y la de mi pequeña, se tiñera de oscuro para siempre. El párroco se interesó por mí y por el estado del bebe. Las dos estamos bien, y eso que el parto se había adelantado casi 8 semanas. Le aseguré, con una certeza salida de lo más profundo de mi alma, que no tenía decidido si al final bautizaría o no a mi bebe. Se extrañó, pero aún lo hizo más cuando le comuniqué el nombre que, a buen seguro, le pondría a mi pequeña, que ahora dormía plácidamente: África. Era lo menos que podía hacer por aquellos chicos de color.

SECCIÓN JUVENIL

Segunda planta

Nerea Arrojo Fernández
de Avilés (Asturias)

Abrí las puertas que llevaban al mismo sitio de siempre, con la misma llave que todas las noches, y volví a sumergirme en el mar de los sueños.

Escuché de nuevo esa voz que decía las mismas palabras susurrantes: “no te olvides de mí, por favor”, mientras la piel se me ponía de gallina y las lágrimas surcaban mi cara sin saber por qué. Volvieron a sonar retumbando en las paredes de la habitación repleta de gente, pero nadie las escuchaba, solo yo; y por primera vez sentía dentro, muy dentro de mí la soledad.

“Ring, ring...” sonó el despertador. Abrí los ojos y no vi nada; solo había una cosa que me importaba en ese instante. Me vestí apresuradamente con lo primero que pillé en el armario, y pedí un taxi con dirección al hospital. Caminé rápido, casi corriendo y cogí el ascensor, pulsé el botón que me llevaría a la planta cinco, cuando llegué, intentando no llorar y no romperme, busqué la habitación 53 y abrí la puerta. Había un montón de gente, demasiada, pero a mí solo me importaba una persona. Corrí y le abracé no le quería soltar, no quería que se fuera lejos de mí.

Mi madre hizo que saliera afuera, quería explicarme en qué iba a consistir la operación, y de repente llegó la cirujana que lo iba a operar. Me fui a la sala de espera, pero aún así escuché la conversación a lo lejos:

- *Es grave* –dijo la cirujana.
- *¿Cómo de grave?* –preguntó mi madre.
- *No se sabe aún, tiene una gran infección y eso es grave, pero aún no sabemos.*
- *Gracias.*

Y la cirujana se marchó.

Mi madre rompió a llorar, igual que yo. Lloré mientras agachaba la cabeza entre las rodillas intentando convencerme de que eso no era real, de que era una absurda pesadilla.

Pasaron minutos que se hicieron eternos, como si fueran años. Ascensor. Planta segunda. Dirección: sala de espera del quirófano. Era

oscura, pequeñita, y sin ninguna ventana, de la cual salías y a la derecha tenías unas grandes puertas metálicas, se podía distinguir la luz tenue, y su única salida daba a unas puertas metálicas, que guardaban la pequeña sala con la única camilla y en ella mi padre, custodiado por una luz enorme del techo, ajeno en ese momento a nuestra preocupación.

Las palabras seguían resonando en mi mente: “no te olvides de mí, por favor”.

Sé que es un sueño, pero no podía hacerse realidad. Era una sala pequeñita, y sin ninguna ventana, de la cual salías y a la derecha tenías unas grandes puertas metálicas.

Fueron dos horas o más, y me parecieron años. Quería que saliera ya, que me dijeran: “ya está, todo ha salido bien”. Y así fue. Al poco salió la cirujana y dijo lo mismo que yo quería que dijera, que todo había salido bien.

Esa noche ya no soñé esas palabras, soñé con una risa incesable que resonaba en un país inexplorado. Soñé con el mar, y soñé con mis padres. Mi madre feliz y mi padre sano. Por fin.

SECCIÓN INFANTIL

La amenaza fantasma

Candela Arroyo Masa
de Alovera (Guadalajara)

Érase una vez un grupo de amigos a los que les encantaba el misterio. Se llamaban Pablo, Luis, Alonso y Fernando, y tenían una mascota llamada Juli dubi dubi dddduuuu.

Una noche Pablo se despertó por un sueño terrible. El sueño trataba de que un malvado fantasma se apoderaba de Alovera. Cuando se despertó fue a tomar un vaso de leche y se metió en la cama otra vez, pero no se podía dormir.

Alonso también tuvo ese sueño, y Luis, y Fernando. Este llamó rápidamente a sus amigos y les preguntó: ¿Habéis tenido el mismo sueño que yo?, y le contestaron: "sí, lo hemos tenido". Fernando dijo que tenían que quedar para hablar del tema.

A las tres de la madrugada estaban todos en el parque de La Ruleta, que está a las afueras del pueblo, enfrente de la biblioteca vieja. Quizá no fuese la mejor hora, ya que estaba muy oscuro, pero no les importó porque estaban todos juntos.

Se sentaron en un banco y comenzaron a hablar del sueño que habían tenido. De repente Alonso gritó sobresaltado, "nos falta nuestra amiga común", y todos a la vez gritaron "es verdad, falta Juli dubi dubi dddduuuu" y sintieron un escalofrío por la espalda, se pusieron a buscarla hasta que la encontraron en una esquina del parque.

Luis llevaba todo el rato dándole vueltas a cómo se llamaba el fantasma del sueño y se lo comentó al resto. Pablo dijo que creía que se llamaba Musgui, Fernando que se llamaba Frogty, Luis que el nombre era Lorry y Alonso, muy seguro, que era Huesitos. Al resto les extrañó que Alonso estuviera tan convencido del nombre del fantasma.

Se oyó un ruido y se giraron todos. La cara de susto que pusieron al ver la figura que salía por la puerta de la vieja biblioteca no fue nada comparada a la que pusieron cuando les dijo: "mi nombre no es ni Musgui, ni Flogty, ni Lorry. Es Huesitos". Y Alonso dijo: "veis como se llamaba Huesitos".

Lo que más les impresionaba a sus amigos era como lo sabía y dijo el fantasma: 'Alonso lo sabe por que yo vivía en su casa

Huesitos pegó un grito para asustarles y Juli dubi dubi dddduuu se puso a ladrar, distrayendo al fantasma. Mientras tanto, los cuatro amigos se metieron corriendo en el viejo edificio y, antes de que se cerrase la puerta, la mascota también entró.

El fantasma les persiguió hasta el baño, donde les dejó encerrados. Intentaron salir, pero no podían. Pidieron a Huesitos que les soltase, pero no les hizo caso. Y se quedaron rodeados del más absoluto silencio.

Pasó más de una hora hasta que volvió a escucharse un ruido, que les dio un tremendo susto. Huesitos estaba al otro lado de la puerta y empezó a contarles su historia:

‘Yo era un niño que vivía en la casa donde Alonso vive ahora. Me gustaba mucho leer y pasaba muchas horas en la biblioteca. Cuando abrieron la nueva no se dieron cuenta y me dejaron olvidado dentro. Me pasé los días y los días encerrado, leyendo todos los libros viejos que no se llevaron a la nueva biblioteca. No me daba cuenta de que pasaba el tiempo hasta que un día me acerqué a la puerta y observé que mi mano la traspasaba. Me había convertido en un fantasma. Entonces decidí asustar a todos los niños que no leen

Huesitos les dijo que había que leer mas, no sólo lo que mandaban los profesores sino muchos otros libros: de aventuras, misterio, miedo, historia, fantasmas, etc.

Luis dijo que ellos sí leían, que por qué los tenía encerrados allí. Huesitos insistió en que tenían que leer mas.

A Pablo se le ocurrió una idea buenísima y se la contó a sus amigos. Cada uno tendría que leerse unos cuantos libros de los que les diese el fantasma, pero a Alonso no le parecía bien porque creía que se iba a aburrir.

Entre todos convencieron a Alonso. Llamaron a Huesitos y le contaron lo que harían si les dejaba libros.

El fantasma no estaba muy convencido y se marchó, para volver a los tres minutos con dos libros en cada mano, que repartió entre los chicos. Estos se quedaron con cara de lelos, ya que no habían oído en la vida los nombres de los autores, y menos los de los libros.

Alonso tenía ‘La Odisea’ entre las manos, a Fernando le tocó ‘Argonaútics’, Luis recibió ‘La Eneida’ y Pablo ‘La Ilíada’. Huesitos les dijo que no saldrían hasta que no acabaran de leerlos, y se pusieron manos a la obra.

Juli dubi dubi dddduuu estaba muy inquieta y les molestaba continuamente, menos mal que se cansó rápido y se quedó dormida.

Los chicos tenían tantas ganas de salir que no se dieron cuenta de que no habían cenado. Leyeron y leyeron hasta quedarse dormidos.

Empezaba a amanecer y Pablo abrió los ojos poco a poco. Encontró su habitación como siempre, pero no era así. Al alargar el brazo para coger sus gafas notó que estaban más a mano, Bajo ellas estaba ‘La Ilíada’. No sabía qué hacer ni qué pensar. Envío un ‘guasap’ al resto de los chicos y, casi al instante, comenzó a recibir respuesta. Fernando contaba que se había encontrado ‘su’ libro en la estantería del cuarto de baño; Alonso, que lo tenía en la de la cocina, junto al tazón del desayuno y Luis que había encontrado el suyo dentro de la mochila.

Salieron corriendo hacia el instituto, tan rápido que llegaron cuando todavía estaba cerrado. Ninguno sabía cómo explicar lo sucedido.

Pablo cayó en la cuenta de que no había visto a Juli dubi dubi dddduuu desde que se había quedado dormido en el baño de la biblioteca, si es que realmente había sucedido eso. Preocupado, se lo comentó al resto y decidieron volver al viejo edificio.

Cuando estaban entrando les recorrió un escalofrío por la espalda, pero siguieron adelante. A los pocos minutos vieron a la mascota paseando alegremente por el pasillo. La llamaron pero no les hizo ni caso, y decidieron seguirla.

Acabaron otra vez en el servicio y, sin decir ni pío, salieron todos corriendo hacia la sala principal. Comenzaron a recoger los libros que había allí e hicieron un montón en la entrada.

Avisaron a Mercedes para que les ayudase a llevar los libros a la biblioteca nueva.

En el último viaje estaban solos los cuatro. Cada uno llevaba el libro que había comenzado a leerse la noche anterior. Llegaron a la

entrada y se agacharon para recoger los libros que quedaban. Vieron acercarse a 'su amiga común' y se quedaron pasmados cuando comenzó a transformarse en Huesitos. No sabían qué decir, pero no hizo falta.

El fantasma les dijo que habían entendido lo importante que eran los libros y, con ello, habían conseguido que él descansara y salvar los libros de la biblioteca vieja. Y desapareció.

Los amigos se dirigieron hacia el centro de Alovera. La mascota de Pablo seguía sin aparecer y así estuvo todo el día.

A última hora de la tarde se juntaron los cuatro y volvieron donde todo había empezado. Todos llevaban su libro.

Entraron en la biblioteca y se dirigieron hacia el servicio. Se sentaron en el suelo y comenzaron a leer donde lo habían dejado.

Volvió a amanecer y los cuatro amigos seguían en el servicio de la antigua biblioteca. Dormidos.

Juli dubi dubi dddduuuu comenzó a lamerles la cara. Se fueron despertando poco a poco. Los libros ya no estaban. Se miraron con cara de no entender nada y decidieron salir del edificio,

Se acercaron a la biblioteca nueva y le pidieron a Mercedes los libros que creían haber leído. Allí estaban.

Cómo llegaron los libros hasta allí y quién los había llevado es todavía un misterio,

SECCIÓN ADULTOS

¡Qué tiempos corren!

María Teresa Sousa Couto

de Guipúzcoa (País Vasco)



Sentada en el bar remueve su café con leche, mientras con el rabillo del ojo observa su imagen en la amplia cristalera del bar, el tinte lila le queda bien, le rejuvenece, sus canas se convierten en destellos multicolores, las arrugas apenas sí perceptibles en la imagen le sientan bien, se gusta. Recoloca su pelo y compone su postura. Es toda una dama, sin duda, como le gustaba a su papá.

“Es buena hora” se dijo, parejas jóvenes iban llegando y ocupando las mesas mientras ella seguía removiendo solemnemente su café con leche.

Su mirada se pierde por el bar. “¡Qué tiempos dios mío! ¡Qué tiempos!” murmura mientras observa a las jóvenes parejas besarse con fruición intercalando comentarios, cigarrillos y algún que otro sorbo de sus vasos.

Hace tiempo que nadie se fija ya en ella, ni en su rectitud, simplemente forma parte del decorado, del ambiente.

Sigue con la mirada la evolución de los más osados, esos que incluso se atreven a tocarse por encima e incluso (fue testigo de ello) por debajo de la ropa, sus manos se crispan y su rostro se tensa, “¡qué tiempos dios mío!, ¡qué tiempos corren!” murmura de nuevo sin dejar de observar la evolución amorosa de una pareja situada en la zona más tenue, ella se sube encima de él y le hace carantoñas con cara de niña inocente, él la mira con rostro congestionado mientras acaricia su trasero y sube poco a poco sus manos por debajo del jersey, la chica se ríe y se mueve un poco.

Se siente morir, casi le duele respirar, aprieta sus piernas mientras se sujeta con las manos a la mesa, la chica besa al chico, este sigue acariciándola por debajo del jersey, no puede más, se le escapa un pequeño gemido, tarda unos instantes en recomponerse, siente como el placer va escapando de su cuerpo en pequeñas oleadas.

Respira, se levanta con cuidado, se vuelve a mirar en el espejo y recompone su traje, una dama siempre tiene que estar bien compuesta como diría su padre, incluso tras un sutil orgasmo y es que ¡qué tiempos corren dios mío!

SECCIÓN JUVENIL

Como un libro sin palabras

Cristina Ruiz Fernández
de Burgos

Me siento en una piedra a la orilla del lago, una suave brisa acaricia la verde hierba bajo mis pies. Sobre las aguas cristalinas empieza a vislumbrarse un atisbo de luz; está amaneciendo. Los pájaros entonan alegres melodías, husmeando un despejado cielo en busca de nubes. Debería ser un día perfecto. Pero, hay días, que parece que el sol brilla más en otro sitio. Y este es uno de ellos. Recuerdo cuando nos tumbábamos en esta misma pradera, cada amanecer en primavera. Nunca te perdiste uno. Decías que con cada amanecer, comenzaba una nueva historia. Habría dado lo que fuera por volver a ver tu sonrisa al pronunciar esas palabras. Era la señal de que todo iba a salir bien. La ola que te empuja hacia la orilla, que te indica el camino correcto. Ahora, soy un naufrago en tu recuerdo. Nado en todas direcciones y la tierra nunca aparece. Amenazo con hundirme. Me siento vacío. Vacío como un libro sin palabras, como un universo sin estrellas. Una lágrima cae sobre el agua y una parte de mi corazón se hunde en el lago. Mis pestañas se sumergen en la realidad de una vida oscura, un túnel sin salida. Cada lágrima, un recuerdo, un momento vivido, una sensación que nunca volverá. Los primeros colores del día ya tiñen el cielo. Parece imposible, que, en un día tan bonito, pueda haber una sola persona llorando de tristeza. Y es que, un día alegre depende más de tu sonrisa que del sol.

SECCIÓN INFANTIL

Amor a un maniquí

Candela Aparicio Ranea
de Madrid

La historia ocurrió sobre el año 2.110, cuando los robots tomaron el poder y nos dominaron, pues eran más inteligentes y lo peor es que no tenían sentimientos. Pero había un 2/100 que podía sentir.

Era una tarde lluviosa, yo como siempre trabajaba como esclavo, cuando la vi: era el ser más bonito de la Tierra, bueno no era exactamente un ser sino un robot, pero era diferente: tenía una sonrisa imborrable, unos ojos azules como el mar, un vestido blanco como las nubes y un pelo castaño oscuro por el hombro que la hacían perfecta. Solo había un problema, su padre era el organizador de la ARCH (asociación de robots contra humanos) y no es que se diga el robot más amable.

Mis padres hablaban de una rebelión que no creía que me ayudara a conseguir a mi amada. Pero entonces me miró y sonrió como si ya me conociese, me sentí atraída por ella y en cuanto me quise dar cuenta estaba a tres pasos de tocarla y tras un buen rato solo me atreví a decirle como me llamaba, y ella me contestó con voz de ángel que se llamaba Marliú, tras eso no hubo más que silencio hasta que llegó su padre armado hasta los pies que en cuanto me vio sacó su cañón, pero Marliú se puso delante, mis pupilas se dilataron, las mejillas se me enrojecieron y se me quedó una cara de enamorado que nunca antes había experimentado.

- *¡Apártate!*
- *¡Ni de broma!*
- *¿Por qué le proteges?*
- *Porque le quiero.*
- *Si no lo conoces.*
- *He soñado con él.*
- *Es un humano.*
- *No me importa, el amor no tiene excepciones.*

Sonaron tres tiros y Marliú se dirigió a mí y me dijo:

- *¡Corre!*

Tardé en reaccionar, pero salí corriendo, me escondí tras una caja durante una media hora hasta que llegó Marliú, me contó que su padre nos buscaba y que teníamos que irnos de la robithionish que era uno de los millones de centros donde estábamos atrapados. Llegamos a una colina donde me contó que ella era uno de los pocos robots que podían amar y que no sabía bien por qué, pero me quería, me dio la mano y me besó la mejilla cuando sonó un gran estruendo, los dos miramos a la robithionish y vimos a un montón de humanos arrancando cables, pues la rebelión había empezado, Marliú tenía miedo pues venían hacia ella, pero se toparon conmigo, al fin y al cabo se la debía, no lo vi y la atacaron por la espalda. La miré, me miró y murió.

Puede que apenas la conociese pero sentía que en mi corazón faltaba algo que no se podía llenar, los robots se murieron y el mundo se recuperó y con los cuerpos sin vida de los robots se hicieron maniqués, pasaron años y años y con el tiempo aprendí a olvidarla, hasta un día que la vi, ahí sentada en el escaparate de una tienda, empecé a recordar, derramé una lágrima y sonreí, desde aquel día voy a visitarla cada día con la esperanza de que vuelva a sonreír.

SECCIÓN ADULTOS

Diario.doc

Alberto de Frutos Dávalos
de Madrid

He revisado mi diario y no reconozco las entradas. Hablo de encuentros, de libros que he leído o de películas que he visto, pero no recuerdo esas citas ni esos títulos. Me pregunto si un virus se ha colado en mi ordenador estos días y se ha entretenido redactando una suerte de biografía paralela para confundirme. Porque no es solo que no me identifique con el hombre que fui hace cinco o diez años, sino que tampoco distingo al tipo que ayer dio un paseo por el parque y escribió un relato de ciencia ficción. Si de verdad lo hice, ¿dónde está ese relato? ¿Qué ha sido de ese mundo que soñé, y por qué, al despertarme, no ha dejado ningún rastro? Leo, por ejemplo, que el lunes visité a Carlota en su casa, pero pongo la mano en el fuego porque no sé quién es esa tal Carlota y tampoco me consta haber hecho vida social esta semana. ¿De verdad comí el sábado “con los del trabajo”? ¿Y cómo es posible que el domingo corriera nada menos que diez kilómetros para recaudar fondos por el Alzheimer, si soy incapaz de subir hasta el segundo sin pararme en el rellano?

Durante muchos años, llevé un diario y luego lo dejé sin pesares ni melancolías. Lo recuperé solo porque tenía la impresión de que el diario me obligaba a hacer cosas, como un maestro que me tomara la lección antes de acostarme. Sin una mujer por la que vivir y sin unos hijos a los que cuidar, me impliqué con un archivo de ordenador –diario.doc–, al que he rendido cuentas ininterrumpidamente durante los últimos diez años. El hecho de que no haya transcurrido un solo día en blanco me confirma que el propósito por el que lo abrí se ha cumplido con creces: no ha habido una sola jornada en la que no registrara un viaje o una simple caminata; una hombrada condenada a degradarse luego a la categoría de bagatela; la idea para un cuento; o el descubrimiento del concierto para piano nº 5 de Beethoven, con su adagio un poco *mosso* que también he olvidado.

¿Qué me ha pasado para llegar a esta ceguera de mí mismo? ¿Quién era el hombre que se levantaba cada mañana dispuesto a presentar batalla y quién es el hombre que escribe ahora estas líneas, como si fuera el primer día de la Creación y se sintiera morir sin una tabla de pasado a la que agarrarse? Si ya no soy capaz de “verme” en el espejo de ese archivo, ¿qué sentido tiene seguir confiándole mis secretos?

Lo haré, claro, lo seguiré haciendo hasta el fin de mis días. En el fondo, me parece que lo único que espero ya de este extraño ejercicio –estéril por onanista– es la absolución.

¿Acaso he pecado tanto? Hay entradas que parecen escritas en clave. No sé, por ejemplo, lo que significan los números ordinales que aparecen junto a algunos nombres femeninos (Ana, Rebeca, Silvia), ni puedo poner cara a tantas iniciales, como si hubiera querido preservar el anonimato de mis amigos de una fama ficticia. Los escritores somos así. Todos nos creemos inmortales y desconfiamos de esos editores malévolos que traicionan nuestra última voluntad y nos publican hasta los calcetines. Todos, sin excepción, somos así, incluidos los que, como yo, nos hemos pasado la vida garabateando hojas que nadie ha leído ni va a leer nunca.

Porque soy escritor, ¿no? Al menos, eso es lo que cree mi doble, que anota aquí y allá múltiples argumentos para relatos –la mayoría de terror o fantásticos–, así como el proceso de su composición, a veces airoso, otras tantas frustrado. En una entrada del 5 de junio de este año, encuentro, por ejemplo, la idea para un cuento que, por lo que veo, nunca llevé a cabo: la historia de un chaval que un día se pone a hojear su diario y tiene la impresión de que una mano extraña lo ha firmado por él. Le sucede algo parecido a lo que me está pasando a mí ahora. El muchacho, que en el cuento debería tener unos catorce años, intuye que ha besado a una chica de su clase (la entrada es lo suficientemente oscura como para no saberlo con certeza). De las páginas de su diario se desliza un poema que le ha escrito y que aún no se ha atrevido a mandarle y, verso a verso, descubre no solo su flamante sensibilidad de poeta, sino que está enamorado. Al leerse, se le revela un nuevo ser que habita en su interior, lo mismo que a mí se me ha revelado esta mañana que era escritor y que participaba en carreras solidarias.

Ahora bien, ¿cómo interpretar esa entrada? Intento decir la verdad, ser honrado, pero me pregunto si todo lo que he escrito hasta ahora no será un fraude... Porque, ¿cómo sé que no me estoy limitando a dar forma al cuento que imaginé hace unos meses, el 5 de junio de este año? ¿Cómo sé que no estoy cumpliendo una misión y que esta primera persona que se retuerce y angustia no es sino un recurso literario para hacer que lo increíble resulte vagamente verosímil?

Definitivamente soy un pecador. ¡Peco de exceso de celo! Todas estas prevenciones son inútiles, ahora lo sé, porque el 3 de noviembre de 2011 reflexioné en el diario sobre la metaliteratura, a propósito de la publicación del nuevo libro de Ville-Mateaux, y concluí que las mañas que se daba el francés llevaban siempre a un callejón sin salida y deshumanizado.

Soy lo bastante maduro como para no seguirle el juego. Es cierto, por tanto, que esta mañana he revisado mi diario y que no me he reconocido en ninguna de sus entradas. Al igual que el muchacho de mi cuento, esa especie de augur contemporáneo, debo preguntar a mi particular cuaderno de bitácora si estoy enamorado. No lo sé... No hay nada sobre eso en el archivo. Hay cine, libros, reuniones insustanciales, algunos pensamientos –pocos, muy pocos–, y demasiados cálculos. Lo consigno todo, igual que un cajero gris y desapasionado: los misteriosos ordinales junto a Ana, Rebeca y Silvia, la suma de palabras de mis cuentos, la página a la que llego antes de dejar el libro sobre la mesilla.

Y no me gusta lo que leo. Al mover el cursor, me doy cuenta de que no solo no me reconozco en esas páginas, sino que, en el mejor de los casos, tampoco podría atribuírselas a ninguno de mis semejantes. No son humanas. Es el dietario de un robot que no se pierde una exposición de arte, que deambula por los parques o las avenidas y que viaja al extranjero, pero el relato de los hechos es siempre frío, desdeñoso, insensible. Día tras día, la máquina va enumerando movimientos, nunca emociones, y si alguna vez se atreve a emitir un veredicto, como en el caso de la metaficción, este es siempre condenatorio. A mi otro yo, que soy yo mismo, no le gustan los libros que hablan sobre libros, pero tampoco los de humor (02 / 03 / 2006), ni los sentimentales (08 / 08 / 2007), ni los de aventuras (21 09 / 2010), ni los policíacos (06 / 02 / 2013). Tampoco, en realidad, le resultan atractivos sus propios cuentos, que tilda de “enrevesados” y “superfluos” (14/15 de julio de 2014). Al viajar, cataloga las iglesias y los monumentos que le salen al paso como en una mesa de autopsias y solo se atisba un poco de felicidad cuando se siente solo y nadie lo molesta (16 / 10 / 2012).

Entonces, se me ocurre que a lo mejor esta mañana se ha obrado un milagro, ¿no? Si no me he reconocido en los rasgos de esa

criatura vacía y algebraica, quizá sea porque de verdad soy otro hombre, totalmente diferente. He cambiado y ya no considero, como antes, que presentar batalla sea batir una plusmarca. Quizá soy un hombre distinto, ¡sí!, y a partir de este momento empezaré a vivir y a gozar sin el lastre del pasado. Quién sabe... ¿No tendría derecho, como todo el mundo? Si pudiera abandonar el diario como aquella vez, hace tantos años, pero ya sin mirar atrás, si pudiera borrar este archivo en el que se ha colado un fantasma lánguido y cruel que se llama como yo, si pudiera tachar de mi vida estos diez años de heroicidades pueriles y presumibles amores de saldo, y si pudiera poner el punto final a este cuento sin torturarme más, sin seguir torturándome, aquí, justo aquí.

SECCIÓN JUVENIL

Reproches

Christian Espadas Ruiz
de Azuqueca de Henares (Guadalajara)

La ciudad despertó, lentamente, con legañas en las ventanas. Sus habitantes tardaron un poco más en bajar de la cama y lo hicieron con la típica crisis de cerebro matutina. Todo parecía correctamente cotidiano. Y habría sido un día más, sin pena ni gloria, de no ser por... aquellos panfletos de repente comenzaron a llover del cielo. Cuartillas de papel de diferentes tamaños y colores y que cubrieron las aceras y los parques, se posaron con delicadeza sobre las copas de los árboles y las más audaces incluso llegaron a colarse por las ventanas entreabiertas y deslizarse debajo de las puertas. Los primeros transeúntes, desperezándose aún, no daban crédito a sus ojos, pero algunos se agacharon llenos de curiosidad para descubrir el significado de aquellos impresos. Los más rezagados no alcanzaban a comprender que lo que sostenían en sus manos no era sino un grito desesperado... una petición de ayuda. Sin embargo, a más de uno se le atragantó el almuerzo mientras sus conciencias reaccionaron de inmediato. Más de uno hubiese vendido su alma al diablo por descubrir el autor de aquella plegaria y poder rescatarle del infierno en el que se hallaba sumido. No era para menos. El texto que acababan de leer era demasiado repulsivo para ser obviado:

En mi casa me repudian. Nadie me quiere. Ni siquiera Dios y eso que se supone que Él todo lo perdona. Mis padres no paran de darme charlas para intentar convencerme que voy por mal camino, que no soy como Dios manda. Que mi manera de ser es anormal. Yo no lo entiendo. Nadie me explicado nunca lo que es correcto o dejar de serlo. No sé cómo piensa Dios ni lo que Él espera de nosotros. Nada me gustaría más en este mundo que mantener una charla de tú a tú con Él, pero no hay manera. En la guía telefónica este Señor no figura. Y en internet tampoco he logrado encontrar una dirección válida suya, ni postal, ni mucho menos electrónica. Así que tengo que conformarme con los recados que mis padres me transmiten acerca de sus deseos. Según ellos, lo que le molesta a Dios es que yo sienta atracción por personas de mí mismo sexo. Dicen que eso es una aberración. Una enfermedad que hay que curar o corregir. Esta palabra le gusta especialmente a mi padre y la utiliza cada vez que me pega con el cinturón para modificar esa anormalidad mía que tanto les molesta a todos. No se da cuenta que sus palizas no sirven de nada, que por mucho que me pegue no va a conseguir que mi corazón cambie. Mis sentimientos son míos y ni siquiera yo los puedo controlar.

Ya no sé qué hacer. Estoy confuso, perdido. He pensado que voy a hacer un último intento para ver si consigo contactar con Dios, ese personaje tan solicitado. Aunque lo más probable es que tampoco en esta ocasión me escuche. Supongo que estará ocupado con asuntos de mayor envergadura y que para Él mi problema solo resulto fastidioso y nimio.

Por eso, y teniendo en cuenta, que Dios habita en el cielo he pensado que podría ser buena idea plasmar mis dudas en un folio, hacerle cientos y cientos de copias y lanzarlas al aire desde la torre de la iglesia. Con un poco de suerte quizás logre que uno de estos impresos caiga en sus manos y despierte así su atención.

Por eso, Dios, si lees estas líneas, a continuación te anoto el número de mi móvil, por si tienes un rato libre y me haces una llamada. No temas. No voy a robarte tu valioso tiempo, puesto que tengo resumido en pocas frases mi posición al respecto. Te diría algo así como:

– *Lamento mucho que censure y critiques mis sentimientos, pero tu mejor que nadie deberías saber que no está en mi mano evitarlos. Soy como soy y no pienso cambiar. Y ya puestos a evaluarnos te diré que yo tampoco apruebo que permitas las injusticias que mi padre comete conmigo y que entre todos pretendáis lavarme el cerebro de esa manera y convertirme en la persona que no soy y aunque, puestos a ser sincero, tampoco aspiro a ser.*

SECCIÓN INFANTIL

El perrito de Marta

Deborah Mitel
de Alovera (Guadalajara)



Érase una vez una niña pobre que vivía con su abuelo y no tenía padres.

Lamentablemente, la niña no podía ver, nació ciega: cuando nació, los médicos decían que era imposible que la niña en algún momento llegase a ver y lo más triste es que nunca vio la cara de su madre y de su padre porque, cuando sus padres murieron en un accidente de coche ella todavía no veía.

Los padres de Marta aquella noche en la que murieron habían ido a comprar un cachorrito para la niña, porque siempre lo había deseado, aunque no sabía cómo son. Lo triste es que justo cuando les faltaba por recorrer doscientos metros, un camión se estrelló contra ellos. El perrito no murió, nadie se podía explicar como el perrito supo llegar a casa de la niña. Después de unos tres días quemaron a sus padres y se llevaron las cenizas a casa.

Luego la niña fue afrontando lo de sus padres y también lo de su visión. Pasaron unos diez años y su perro Pepe seguía vivo, aunque era muy viejo, Pepe la conducía a todas partes, si él no podía hacer casi nada. Pasó un año y en un magnífico día Marta recuperó la visión. No se lo podía creer.

Por fin vio los colores, las flores, los árboles y lo más importante de todo fue que vio a su abuelo y a su perro Pepe. Marta ya tenía quince años cuando murió Pepe porque él la ayudó muchísimo.

Marta ya era mayor, con unos veinte años cuando murió su abuelo.

Ella siempre decía que prefería seguir siendo ciega y estar con sus padres a ver y estar sola. Después de un tiempo se casó con un hombre que la quería mucho y juntos tuvieron tres hijos: dos niñas y un niño. Lo mejor es que todos estaban sanos sin ningún problema de salud.

VIII Certamen Año 2015

SECCIÓN ADULTOS

El desenlace

Ramón Zarragoitia Mezo
de Vizcaya (País Vasco)

A lo largo de sus sesenta y cinco años había fabulado mil veces acerca del discurrir del último encuentro. No obstante, entre las múltiples posibilidades que barajó, no se encontraba precisamente esta:

Estaba de pie en el saloncito de la planta alta; la que servía como apartamento reservado en exclusiva al confort del matrimonio. Se disponía a degustar la lectura de una nueva novela recién comprada y para ello, enfundado en su fiel albornoz marrón de rizo americano, luciendo tejanos, un jersey delgado de pico y zapatillas propias de la intimidad, conmutó la lámpara halógena de pie. En ese preciso instante sintió la vibración poderosa de su celular. Extrajo el aparato de concha de uno de los bolsillos de toalla. Como odiaba conversar al teléfono sentado, se incorporó de cara a los amplísimos ventanales. Una voz inquietante rompió la perfecta armonía del paisaje que lograba divisar: su jardín británico, la anciana tapia de ladrillo amarillo coronada de balaustre, y más allá, hasta donde alcanzaban la vista y el horizonte dorado del ocaso, sus cientos de hectáreas de viñedo en los alrededores de Nájera. Una equilibrada y arcana mezcla de las variedades: Tempranillo, Garnacha, Graciano y Mazuelo; la clave sin duda de los laureados caldos de Rioja Alta que sus bodegas producían.

Todo absolutamente teñido ya de otoño. Dudó un instante. Las palabras justas se negaban a acudirle tanto a la boca como, previamente, a una mente confusa. Por fin, contestó:

– *No, es solo que jamás pude imaginar que me llamarías. Supuse que tarde o temprano, quizás antes de lo esperado a juzgar por el diagnóstico de José María, íbamos a encontrarnos. Pero ya sabes, uno nunca se figura que vaya a ser hoy mismo.*

Le sorprendió su propia frialdad. Le gustó el férreo control que ejercía sobre el conjunto de sus emociones y actos. Y ensimismado como estaba a causa de su entereza, no reparó en que la misma voz que manaba del minúsculo terminal podía oírse también, en tiempo y modo simultáneos, flotando a través del vacío de la habitación. De hecho, su interlocutor llevaba varios minutos contemplándolo en escorzo, e incluso podía ser testigo de sus gestos merced al reflejo luminiscente de los grandes vidrios. Siguió conversando:

– *Dime, ¿qué será de ellos? Clara dispone de una legión de abogados que la asesoren aquí o en el despacho de Logroño, y que evacuen los delicados trámites que irán surgiendo de ahora en adelante. No, ... los que realmente me preocupan son los chicos: Ruth es tan visceral, tan poco reflexiva. Y Carlitos, el pequeño, aún es un chiquillo...*

La oscura presencia fue materializándose a medida que concurría junto al halo níveo de la lámpara. No habían cesado su pronunciación glacial ni su tono severo. Es más, conforme se aproximaba de forma artera, la profunda intensidad de su voz, como un incisivo cristal de hielo, amenazó con clavarse para siempre en la piel del dueño de la casa mientras este, pendiente tan solo de cuanto iba a dejar atrás, sacaba las últimas cuentas a su vida:

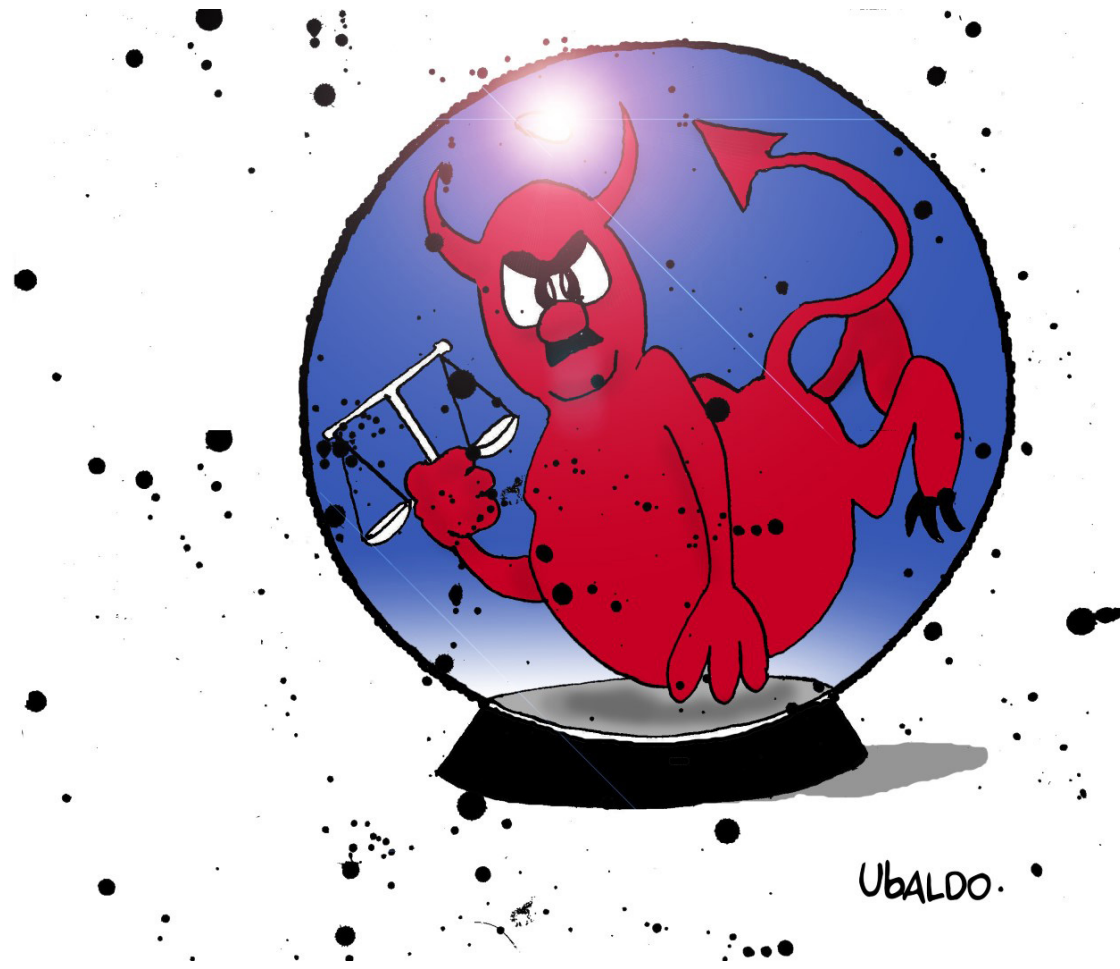
– *He vivido bien, de eso no hay duda. Aunque tampoco nadie me regaló nada. Incluso hubo quienes se empeñaron en destruirme, o en robarme lo que con tanto sacrificio e inteligencia logré atesorar. Al final, no han podido. Quizá sea ese mi mayor orgullo. Por cierto, ¿qué harán con mi cuerpo?... Había pensado en organizar un velorio por todo lo alto; aquí mismo, en la finca, como se hacía antiguamente: comida y bebida en abundancia, un gran cortejo fúnebre, incluso una orquesta que amenizase mi partida... No, no es que me obsesione, se trata de una mortaja transitoria, lo sé, pero tengo cierta curiosidad por conocer su destino, toda vez que no dejo instrucciones sobre qué hacer con él llegado el momento. Fíjate que estoy pensando en dejar una nota ordenando que me incineren y que esparzan mis cenizas por toda la comarca desde una avioneta...*

La respuesta se hizo patente en el viciado aire de la sala: de pronto olía mal, como a carne en descomposición. Una corriente gélida, macabro preludio del telón que se cerraba a sus espaldas, convenció al moribundo de que sería inútil mantener abierta la comunicación. En su lugar, cerró con delicadeza las valvas negras del aparato, tomó el último y profundo aliento (quizá suponiendo que habría de retener aquella inspiración por toda la eternidad), y dándose lentamente la vuelta se dispuso por fin a dejar de imaginar cómo sería el Desenlace...

SECCIÓN JUVENIL

El poder de las cartas

Christian Espadas Ruiz
de Azuqueca de Henares (Guadalajara)



UBALDO.

Mi querida hermana:

Hoy lo he hecho. Por fin he reunido el valor suficiente para vengarme en tu nombre, restaurar tu honor y devolverte parte de la dignidad que ese bastardo te arrancó de cuajo. Hoy he sido yo quien ha podido saborear las mieles del triunfo. He visto el miedo reflejado en sus ojos y he escuchado sus sollozos. Incluso me ha parecido como sus labios temblorosos dibujaban tímidamente algo que se semejaba de lejos a la palabra "perdón".

Aunque de nada le han servido sus súplicas puesto que hoy él estaba a mi merced. Por una vez han cambiado las tornas y no era él quien ejercía el poder por mucho que la vida le haya mimado y estuviese acostumbrado a sentirse superior al resto de los mortales. Hoy, probablemente por primera y también última vez en su miserable vida, no se ha salido con la suya.

La justicia es lenta, pero te aseguro querida hermana, que la espera ha merecido la pena.

Como ya sabes no había nada que ansiase más en este mundo que poder pasar factura a ese malnacido por todo el dolor que te infligió. Sabes bien que desde el mismo día en el que acudiste destrozada a mí en busca de ayuda y consuelo, juré que no pararía hasta que ese demonio hubiese saldado su deuda contigo. Todo en mí clamaba venganza. No podía permitir que saliera indemne de todo el mal que había provocado. A ti acababa de destrozarte la vida solo porque tuviste la mala suerte de cruzarte en su camino en el momento menos oportuno.

De nada nos hubiera servido acusarle ante la justicia ya que una persona tan relevante e influyente como él hubiera sabido tergiversar los hechos de tal forma que no le hubiera costado ningún esfuerzo convencer a los jueces de su inocencia. No, arrastrarle ante un tribunal solo te hubiera perjudicado a ti mientras que él se las habría apañado para salir glorioso y triunfante además de libre de todo cargo. Estaba claro que había que buscar otra solución y que en nuestra situación no podíamos confiar en nadie. Desde un principio asumí que tenía que ser yo mismo quien ejecutara la sentencia. Por eso desde un principio decidimos continuar con nuestras vidas como

si nada hubiese ocurrido y dejar que ese bastardo se sintiese a salvo y no sospechase de nada.

Tú, mi querida hermana, buscaste refugio lejos de aquí en una aldea remota y tranquila donde podías estar segura de que jamás tu camino y el de ese sinvergüenza se volvieran a unir. Yo, en cambio, seguía asistiendo con regularidad a mis clases en la universidad, aunque te puedo asegurar que no me enteraba de una sola palabra de lo que allí se decía. Mi mente la mantenía ocupada las veinticuatro horas del día maquinando el más cruel de los castigos para tu torturador.

Para elaborar un plan seguro e infalible la solución más eficaz y rápida que se me ocurrió fue aprender todo lo posible acerca de nuestro enemigo. Conocer sus gustos y debilidades, sus hábitos y manías. En resumen, instruirme acerca del más mínimo detalle de su vida se convirtió en requisito imprescindible para poder acercarme a mi víctima y ganarme su confianza.

No me costó descubrir que aquel hombre al que tanto odiaba era un padre de familia estricto y severo, así como un poderoso e implacable hombre de negocios con influencias en los círculos más selectos. Era un hombre a quien no le temblaba la mano a la hora de ejecutar sus órdenes. Un hombre intransigente e inflexible con ansias de poder a quien más de uno temía y detestaba a partes iguales por su dureza. En definitiva, podía decirse que el hombre a quien yo le iba a plantar cara era indestructible.

Tal vez por eso me costó asimilar que precisamente una persona tan vigorosa y mundana, segura de sí misma, fuese tan supersticioso como lo era esta persona, tan enganchado a su vez de algo tan banal como lo es, a mi punto de ver, la clarividencia. Corrían serios rumores acerca de que aquel hombre, al que yo investigaba no salía jamás de casa sin haber estudiado antes meticulosamente lo que le vaticinaba su horóscopo del día. Y, peor aún, se creía al pie de la letra las sandeces que estas profecías del tres al cuarto le auguraban. Fuentes fidedignas me aseguraron que aquel tiburón de las finanzas visitaba al menos una vez a la semana las dependencias de una famosa vidente para hacerse una limpieza de alma y fortalecer su espíritu.

Me di cuenta al instante que el modo más seguro e infalible para acercarme a mi adversario era sacando provecho de esta debilidad suya. Por eso me anuncié en todos los diarios locales como algo parecido a un adivino de moda ofreciendo mis servicios. Acto seguido alquilé un pequeño apartamento en una zona residencial, lo decoré de acuerdo con mis supuestas facultades de médium y esperé a que mi pez picara el anzuelo mientras cursé varios cursos sobre esoterismo.

Tal y como tenía previsto, la curiosidad fue en efecto, mi mejor aliado para atrapar al ratón. Fue el cebo que atrajo a aquel individuo hasta mi puerta a las pocas semanas de haberme instalado en aquel garito. Me sorprendió la facilidad con la que se tragaba todos mis embustes, lo ingenuo que podía llegar a ser en lo que a mis interpretaciones de los signos ocultos se refería. Pronto perdí el miedo a que llegase a destapar la trampa y se diese cuenta de que yo no era sino un mero impostor con fines oscuros. Pude comprobar por mí mismo que para aquel sujeto la clarividencia era una droga y en su adicción estaba dispuesto a creerse cualquier mentira. Incluso la más absurda.

He dejado que transcurriesen algunas semanas en las que he llegado a descubrir muchas cosas acerca de este ser despreciable. Hasta que decidí que había llegado la hora de poner punto y final a esta farsa. Si algo me había quedado claro en nuestros breves encuentros era que el mundo entero me quedaría eternamente agradecido por lo que estaba a punto de hacer. No creo que nadie fuese a derramar una sola lágrima por el monstruo que sabía que tenía delante.

Esta mañana ha acudido a mi consulta y le he echado las cartas como solía hacer. Con semblante serio las he ido destapando una a una. Hoy, al contrario que en sus visitas anteriores no he tenido que improvisar nada pues tenía ya preparado de antemano el mensaje que quería transmitirle. Y se lo he soltado sin titubear, sin que me temblase la voz y mirándole firmemente a los ojos. Quería saborear ese momento que había estado aguardando durante tanto tiempo. No quería perderme su reacción cuando le anuncié:

– *Las cartas dicen que hoy vas a morir.*

Al escuchar su sentencia de muerte se le ha quedado el rostro desencajado y ha comenzado a temblar de pies a cabeza. Sin embargo,

por una vez en su vida no parecía dispuesto a aceptar su destino astral sin antes oponer al menos algo resistencia.

– No. –gritó enfurecido, levantándose de golpe y aporreando la mesa con el puño–. *No lo puedo admitir.*

Y apuntándome con el dedo vociferó:

– *Exijo que me vuelvas a echar las cartas. Debe de tratarse de un lamentable error.*

Yo no he pestañado. Me he mantenido erguido en mi asiento. Y sin desplazar mi mirada de sus ojos le he señalado la última carta que había sacado de la baraja y le he respondido con voz serena:

– *No es ningún error. Las cartas no mienten ni se equivocan. Hoy vas a morir.*

Ha continuado gritando y blasfemando por unos momentos, pataleando y exigiendo que rectificase mi lectura. Y cuando parecía haberse calmado un poco, yo me he limitado a sacar como única respuesta el revolver que tenía escondido entre los pliegues de mi túnica y le he apuntado con aquel arma a la cabeza.

– *¿Ves cómo teníamos razón las cartas y yo?* –me he dirigido a él–. *¡Prepárate que hoy vas a morir!*

Entonces ha sido cuando se ha derrumbado por completo. Había comprendido que no tenía escapatoria y el miedo se ha instalado en su cuerpo. Ha comenzado a temblar y suplicar por su vida. Aquel hombretón tan poderoso ha acabado perdiendo los estribos y su autoestima y te prometo, querida hermana, que se ha puesto a llorar delante mía como solo lo hacen los cobardes. Sin embargo, sus lágrimas no han tenido el efecto deseado, puesto que no me han llegado al corazón ni han conseguido ablandarme. Al contrario, aquel guiñapo humano ha acabado dándome asco

No quería que pasase a mejor vida de forma rápida. Necesitaba verle sufrir, igual que él no había tenido piedad contigo cuando te tuvo entre sus garras y te causó todo el daño que pudo. Por eso y para que conociera los motivos por los que se veía en esta situación me descubrí

ante él y le dije que aquel era el castigo que se merecía por lo que había hecho contigo.

Para cuando acabé de hablar él ya apenas se mantenía en pie, no salía palabra de su boca y las lágrimas habían cesado. Tan solo vi cómo se movían sus labios una y otra vez como si estuviera pidiendo perdón en silencio. Cuando quise apretar el gatillo él ya se había desplomado, cayó como un fardo al suelo llevándose una mano al pecho mientras su cara reflejaba una mueca de dolor. En ese momento, hermana, supe que se acababa de hacer justicia.

Como ves mi plan no ha estado exento de fallos puesto que no fue mi mano quien acabó ejecutando la sentencia como tenía previsto. Fueron sus propios remordimientos y su mala conciencia los que acabaron arrebatándole la vida a un ser tan espeluznante y deleznable como aquel.

Pese a todo estoy contento y satisfecho, querida hermana, porque esta vez las cartas no han fallado.

SECCIÓN INFANTIL

El monstruo que no sabía asustar

Marta Lameiro Cal
de La Coruña

Había una vez un monstruo que se llamaba Don Pepe. Don Pepe vivía en una casa muy lujosa con su perra Elisa. Don Pepe hacía tantas monerías que su perra Elisa se reía mucho. Don Pepe era un monstruo muy monstruosamente feo: tenía seis orejas, tres ojos, diez brazos, una pierna, cinco cuernos y gafas. Un día cuando estaba paseando con su amiga Manuela le preguntó:

– *Don Pepe, ¿tú sabes asustar?*

Entonces Don Pepe respondió:

– *¿Qué es la palabra asustar? Yo no sé lo que es eso.*

Manuela se sorprendió y dijo:

– *¿En serio no sabes qué es la palabra asustar? ¡Todos los monstruos lo sabemos! Y lo hacemos todos los días. Cuando estamos asustando tú estás haciéndole monerías a tu perra.*

Don Pepe se quedó pensativo y de repente se acordó que conocía a una bruja–hechicera que era su amiga y seguro que le ayudaría. La bruja se llamaba Emma y vivía en una casa encantada en medio del bosque.

Don Pepe fue hasta su casa y llamó a la puerta.

– *¡Hola Don Pepe! ¿qué haces aquí?* –dijo Emma.

– *He venido a buscar una poción para asustar.*

Emma le contestó:

– *Tengo lo que buscas, tómate un sorbito de esta botella cada mañana y ya verá cómo funciona.*

Se fue a su casa muy contento y todos los días se tomaba un sorbito. El primer día probó a asustar a su perra Elisa. Se asustó tanto que Elisa se fue de casa. Don Pepe vio que la poción empezaba a funcionar. Otro día dio un susto de muerte a su amiga Manuela. Ella se rompió una pierna al caerse del susto que le había dado Don Pepe. Pasados los días ningún amigo quería estar con Don Pepe. Al final se dio cuenta que asustar no era buena idea y que a él le gustaba más que le llamasen El Monstruo que no sabía asustar.

IX Certamen Año 2016

SECCIÓN ADULTOS

La riña

Armando Aravena Arellano
de Santiago de Chile (Chile)



El Negro manoteó semidormido las moscas una y otra vez hasta que finalmente se despertó. Se estiró tan fuerte que se podría decir que en un momento duplicó su longitud. Cuando se puso de pie volvió a hacerlo, pero esta vez acompañó su deformación con un violento sacudón, tan fuerte que amenazó con hacer saltar alguno de sus órganos.

Los oblicuos rayos del sol rojizo del amanecer, comenzaron a traspasar el cerco y a clavarse por las rendijas de la vieja casa de madera y adobe, que porfiadamente se mantenía en pie hacía varias décadas. Los años habían asimilado su color al de la tierra del viejo callejón de entrada a Putagán.

El Negro buscó con la mirada el balde del agua y luego se aproximó a beber, pero se encontró tan solo con un sucio y grasiento concho de a lo menos dos días.

El día ya se anunciaba caluroso así que se dirigió de inmediato al único lugar seguro en que podría encontrar agua fresca y limpia; el río.

Saltó con la agilidad acostumbrada – terminando con lo que aún le quedaba de su pereza – la vara que delimitaba la entrada a la propiedad y se dejó llevar por el declive que le daba a su cuerpo la bajada al río.

Al cruzar la carretera se detuvo un instante y se dio vuelta para contemplar el pueblo, que de seguro en ese instante dormía el sueño profundo de la madrugada, tal vez con la certeza de que: “no por mucho madrugar...” podría cambiar la suerte del pequeño caserío. En verdad la miseria se vino a vivir al pueblo hacía muchos años. Quizás la dignidad que poseían como personas, se había instalado en el último carro, de uno de los pocos trenes que melancólicos aún solían detenerse en su derruida estación.

Acaso lo único positivo de ese estado de postración era que nunca se había interesado candidato alguno por visitarlo, por tanto nadie les había creado falsas expectativas ni mucho menos preocuparlos por solucionar problemas que ellos no eran capaces ni siquiera de darse cuenta que existían. Quizás el paso por el pueblo de aquel equipo nacional de esgrima que buscara un lugar en donde descansar del

asedio de los medios, pudo ser el único acontecimiento que pudo ponerlo en alguna página del diario.

El Negro se rascó las costillas y su larga sombra sobre el pavimento continuó su viaje hacia el río.

Saltó cuidando de no clavarse las espinas de las ramas bajas de la zarzamora, eludiendo el rodeo requerido para llegar a la bajada. Resbaló levemente en el ripio orillero y un temblor le recorrió todo el cuerpo. Allí estaba. El Rucio rodeado por un grupo absolutamente heterogéneo se veía imponente a la distancia. Su fanfarronería era posible apreciar aun así a la distancia, por el trato que daba a los que se veían más débiles dentro del grupo.

El Negro tardó algunos segundos en recomponerse. Su primera intención fue huir, pero la sed y la sensación de que ya se habían percatado de su presencia lo hicieron cambiar de planes. En ese instante su retirada habría determinado una clara supremacía del Rucio, en la contienda que ambos tenían prácticamente desde su nacimiento.

La excusa de tener que pasar hacia la orilla del río era providencial porque estaba claro que no aparecería él provocando al grupo ni mucho menos al Rucio; tan solo estaría cumpliendo con dar satisfacción a una necesidad tan básica y elemental como la de "bajar al agua".

Lo que en definitiva lo convenció fue el hecho de creer que por fin habría una ventaja a su favor, pues era casi seguro que el grupo había andado de juerga toda la noche, en cambio él había cenado temprano el día anterior y dormido plácidamente, como hacía tiempo no lo hacía. Era evidente que en una pelea de largo aliento – como todo el mundo sabía que iba a ser aquella – el estado físico iba a ser un factor decisivo.

Tal como su instinto se lo anunciara, el grupo se paralizó cuando pasó cuidadosa, pero altivamente hacia la pequeña ensenada que el río hacía en esa zona. Solo algunos, los menos dotados, como siempre, emitieron sonidos que a todas luces eran para manifestarle su transitoria enemistad. Aunque el Negro escuchó aquellas contramanifestaciones, las consideró como de quien venían y no varió en lo más

mínimo su plan original. Tenía claro que aquellos en otras circunstancias no se habrían atrevido ni siquiera a sostenerle la mirada.

Se acercó a las cristalinas aguas y bebió pausadamente. Nunca como en ese instante agradeció tener los ojos a ambos costados de la cara, pues de esa forma podía hacer dos cosas a la vez: beber y mantener la visión del grupo casi completo.

Quizás la única circunstancia que no estaba a su favor era la posición del sol en ese instante. De otra forma se habría dado cuenta, por la sombra, cuando el Rucio dando un salto descomunal se abalanzó sobre él. Ambos cayeron al río en un chapuzón tan sonoro y feroz que acalló cualquier otro sonido que pudo haber salido de la garganta de los contendores.

El Negro desesperado tan solo buscaba tocar las piedras del lecho del río para hacer pie e iniciar su acción. Realmente jamás la pudo comenzar. El Rucio lo agarró violentamente del cuello y nunca, nunca lo soltó. Es más, lo apretaba cada vez más fuerte haciendo saltar verdaderos chorros de sangre que sobre el agua helada de la mañana provocaban breves nubes de vapor.

La pequeña ensenada se llenó de sangre, de pelos y de babas. Cincuenta metros más abajo, en dirección al mar, el río llevó a su orilla el cuerpo exangüe del Negro, que en estertores cada vez menos frecuentes se aproximaba a la inercia.

Nadie del pueblo que viera su cuerpo durante el día demostró mayor impacto por tan difunta presencia... total si había algo que abundaba en el pueblo eran los perros.

SECCIÓN JUVENIL

El río Hoffnung

Miguel Muñoz Reyes
de Alovera (Guadalajara)

Era un día de otoño por la mañana. Ese día salí con prisa de casa porque llegaba tarde a mi colegio, el "Don Alejandro Schule". Sin duda aquel día era como cualquier otro en mi pueblo alemán (del que no nombraré por motivos políticos y tonterías de los mayores), en el que lo normal era ver los niños en bicicleta y las gaviotas. ¡Ah, las gaviotas! A mí sin duda alguna son mis animales favoritos y, cada vez que iba de mi casa al colegio por el paseo marítimo, me quedaba siempre mirándolas (todavía lo hago). Luego están los ancianos, con sus mascotas, de paseo. A todos los saludaba cortésmente y todos me saludaban a mí. A excepción de uno. No penséis que porque no me salude ya es raro. Perfectamente podría ir yo y saludarle pero, siendo sincero, me daba miedo. Se pasaba todos los días en un banco, con aire pensativo, a excepción de los jueves, que se iba paseando hasta la desembocadura del río que pasa por mi pueblo, el río Hoffnung (esperanza en alemán) y, parándose en su desembocadura, tiraba una piedra al río. Todos los jueves y a la misma hora. Resulta que llegaba tarde al colegio y no había terminado de comerme el desayuno cuando me tropecé en un banco que no había visto y se me cayó la mochila. Un señor me recogió la mochila y, cuando le iba a dar las gracias, me fijé en que era el señor del que he hablado antes. Ahora que estaba tan cerca me di cuenta de que tenía una cicatriz en la frente. Me quedé embobado hasta que oí su voz grave diciéndome:

– *Me parece que llegas tarde.*

En aquel momento, sabía que necesitaba averiguar quién era aquel hombre. Recogí mi mochila rápidamente y me fui a la escuela. El jueves a las cinco (fecha horaria europea) salí de mi casa y me dirigí al río Hoffnung con la intención de averiguar más cosas sobre este misterioso personaje. Como era habitual le vi tirando piedras al río. En cuanto me vio sonrió de oreja a oreja y me dijo otra vez:

– *Me parece que llegas tarde.*

En aquel momento el hombre se desvaneció y me sentí muy raro. ¿O era el lugar el que estaba cambiado? El río se veía mucho más pequeño. Y había unos niños en la orilla. Les pregunté qué hacían allí y me contestaron:

– *Estamos jugando a saltar el río, pero Carlos no juega porque le tiene miedo al agua. Es un cobarde.*

Aparte de eso les pregunté dónde estábamos y me dijeron a pelos y señales la descripción de mi pueblo y que ese era el río Hoffnung. Esto me escamaba, porque yo lo recordaba más caudaloso. Fui corriendo a mi casa cuando, al llegar al pueblo, me lo encontré totalmente antiguo. Como si no hubiera carreteras y solo caminos de piedra. Entonces me volvió a pasar. Noté que todo desaparecía y me encontré de nuevo en otro sitio, esta vez haciendo una cola enorme de personas que se estaban registrando. Al estar en segundo puesto pude oír al primero decir:

– *Me llamo Carlos y voy a registrarme en la lucha contra los nazis para...*

Ahí dejé de oír. Me quedé asimilando todo aquello. ¿A los nazis no los vencimos ya? A lo mejor había regresado en el tiempo. No. Era absurdo la simple mención de ello y, aunque así fuera, ¿por qué en mi pueblo iban a hacer una rebelión? En cuanto me echaron de aquel sitio (se dieron cuenta de que era pequeño) decidí investigar. En cuanto salí de aquel lugar, por tercera vez sentí mareos y esta vez me encontré en lo alto de un monte. Vi que a mi izquierda había una presa a mitad de construir y a mi derecha, el pueblo, en llamas, y un montón de nazis combatiendo contra mi gente.

Ahora estaba seguro de dónde estaba. En estos tiempos los nazis se habían enterado de que estaban haciendo una rebelión y les habían ido a atacar.

– *Es la hora.*

Miré para atrás y vi ni más ni menos que al mismo señor raro de siempre.

– *¿Por qué antes me dijiste que era tarde y ahora no?* –tenía muchas preguntas, pero no podía decirlas a la vez.

– *Porque cuando te dije que era tarde en realidad es dentro de 40 años. Mira el pueblo. Hay una manera de cambiar las tornas a favor de tu pueblo. El general y el comandante están cerca del río Hoffnung y si destruyes la presa, provocarás una crecida tan grande que los llevarás por delante y los soldados rasos no sabrán que hacer.*

Me fijé en el río y vi a un señor cogiendo a otro en brazos al lado del río, seguidos de lejos de los que parecían el general y el comandante.

– *Si la destruyo, ¿no los llevaré a ellos también? ¿Por qué no lo haces tú?* –dije alarmado.

– *Mira –empezó a contar–, había un niño llamado Carlos que le tenía miedo al río. Cuando se hizo mayor se alistó en la rebelión sin saber que su mejor amigo, en una emboscada nazi, de un tiro en la pierna no podría andar. Así que, a pesar de que le podían matar en cualquier momento, lo cogió en brazos y lo sacó de la batalla. A mitad de camino se encontró el río y, superando su miedo, lo cruzó. Pero llegaron el oficial y el comandante y como malvados que eran, les empezaron a tirar piedras. –Miré al río y comprobé que era cierto–. Pero hubo una crecida que se llevó a los nazis salvándoles la vida. Y tienes que ser tú quién lo empiece conmigo.*

Con toda mi energía (él me ayudó un poco) la tiré. Y lo que vi a continuación me quitó las ganas de vivir. Carlos ya no podía más con las piedras que le tiraban. Dejé a su amigo en la otra orilla e iba a subirse él cuando llegó la crecida y se llevó al general, al coronel y a Carlos.

– *Verlo otra vez me hace llorar –Oí–. Sí, en efecto. Yo soy a quién Carlos salvó la vida aquel día. –Y en ese momento me volvieron los mareos y me levanto en un hospital. Mi madre se levanta de la silla del lado derecho de la camilla y sonríe–.*

– *Te caíste cerca del río Hoffnung. Menos mal que este buen hombre apareció para llevarte al hospital.*

– *¡Me engañaste, dijiste que se salvarían los dos!* –dije con rabia. Todos me miraron.

– *Hijo, pero si no le conoces.*

Lo raro era que el hombre también parecía sorprendido. Les dije a todos que se marcharan. Quería estar solo. No entendía nada de lo que estaba pasando. Miré a la ventana y vi las gaviotas. Una me sonreía.

SECCIÓN INFANTIL

El Carrusel

Rubén Bujalance Pérez
de Alovera (Guadalajara)

Érase una vez un carrusel. Un precioso carrusel en el que todos los niños se montaban para olvidar sus problemas. En cualquier otro carrusel esto sería una manera de hablar, sin embargo, en el carrusel del tío Juan esto era real. Cada persona que se montaba en el que sufría cualquier tipo de pena, dolor o sufrimiento lo olvidaba tras finalizar una vuelta entera, así como todas aquellas personas que estuvieran implicadas en aquello.

Por ello Juan cada vez que se metía en un problema, un dolor o estaba triste se montaba en el carrusel y olvidaba todo lo que le sucedía. Una y otra vez. Pero, ¿Cómo había descubierto Juan esta magia? ¿Esta extraña característica de su especial artilugio?

Se lo había enseñado su abuelo, y a él su abuelo. Era una tradición que llevaba años en la familia, solo entre nietos y abuelos. Juan ya no recordaba la primera vez que su abuelo le había llevado allí. Sin embargo, su abuelo lo recordaba muy bien: la cara acongojada de su nieto, el dolor de la traición de su mejor amigo escrito en su rostro. El no pudo soportarlo. Había pensado esperar a que fuera algo mayor, el joven Juan tan solo tenía 7 años, pero decidió que había llegado el momento. Le sentó en el caballo gris, el preferido de su nieto, y puso a andar el extraño cachivache. Cuando fue a ver a su nieto, todo rastro de lágrimas había desaparecido de sus ojos, volvía a mostrar su pequeña sonrisa desdentada, ya se le acababa de caer un diente. Su abuelo se hinchó de felicidad, no había nada que le gustara más que la sonrisa de su amado Juan.

Por lo tanto, Juan creció feliz, sí, pero sin saber enfrentarse a sus problemas ya que cada vez que tenía uno se montaba en el carrusel y olvidaba todo lo malo que le sucedía.

A Juan le afectaba mucho cada problema que tenía no sabía enfrentarse a las situaciones difíciles a las que le sometía la vida.

Nunca aprendía de sus errores y aprender de ellos es lo que nos ayuda a formarnos como personas. Las experiencias ya sean buenas o malas son lo que nos ayuda a mejorar nuestra manera de ser.

Un día Juan y su abuelo tuvieron una conversación, en la que los dos reflexionaban sobre tener la capacidad de olvidar todo que les causa dolor les ha hecho unas personas muy débiles.

Juntos encontraron la manera de poner en marcha el carrusel de manera opuesta para que les devolviera sus recuerdos.

Así, tras recuperar sus recuerdos se sintieron completos por primera vez en muchos años. Habían recuperado aquellas cosas que los hacía ser quienes eran.

X Certamen Año 2017

SECCIÓN ADULTOS

Mil tiendas al amanecer

Marcos San Millán Fadrique
de Valladolid



Otro paseo más sobre el baluarte, y tras los pasos otro pensamiento: tantas son ya las leguas hechas de guardia sobre aquellos muros, paseo tras paseo, que en nada se extrañaría al descubrir, sobre su dura y desgastada piedra, que con sus propios pies ha acabado arando un surco.

Atardece, y lo agradece. Sopla una agradable brisa de levante que aligera el peso de la panoplia: morrión, espada ropera, los doce apóstoles cruzando el peto, la mecha enrollada sobre la muñeca y su arcabuz reposando cerca, sobre el parapeto. Suda su muy remendada camisa, y suda sobre su frente al llevar encima tanto hierro. El presidio está en pie de guerra, pues el turco se acerca, mas aún no llega.

La luz dorada del atardecer alarga las sombras de piedras, matojos y árboles, y oscurece vaguadas y lomas. Un poco más lejos las colinas se vuelven gualdas, e igual hacen, en el horizonte, las montañas. Sutil juego de colores el de aquellas agrestes tierras que demasiado bien conoce. Prefiere contemplar el mar, a su espalda, cuya superficie parece ahora más compacta, bañada con una centelleante pátina de oro sobre la que le gustaría irse caminando, caminando hasta Italia.

Más bienaventurada sería su vida en Nápoles, pero el capitán de su compañía tuvo a bien esconder su verdadero destino tras aquella bandera que con tanta alharaca y dignidad portaba mientras reclutaba bisoños por Castilla y a los que, cual engañador de inocentillos, embarcó en una galera destino a África. Mejor valía no pensarlo, y aprender, como allí se hacía, a hacer mucho con poco, y sacar de donde se podía, pues ahora estaba en tierra enemiga, a su espalda el presidio y la pequeña villa, el mar cerrándoles el paso y frente a él, inmensa y hostil, la Berbería.

Pero en aquella peligrosa tierra mataba más el tedio que el turco. Guardias de noche y de mañana, remozar las baterías, ampliar las defensas, erguir muros y artillarlos, fabricar mortero, levantar tapias, arar los huertos... aquellas habían sido, salvo alguna salida, sus grandes batallas, arriesgadas campañas y gloriosos hechos de armas. Y el turco siempre en lontananza, siempre acercándose. Y ellos, mientras tanto, esperando, con los dientes apretados, tensos y preparados. Mas el turco no aparecía.

El sol ya casi se había marchado. Como en cada atardecer salían algunos por la punta, al espigón, a pescar chicharros. Mejor pescar una galera, pensaba él, proveniente de Cartagena, cargada con buenas noticias y bastimentos. De todo siempre les faltaba en aquella roca: el paño, el bizcocho, el arroz y las habas, el vino y el agua, la pólvora y el salitre, las pelotas de arcabuz, sucre y culebrina, y las pagas, que siempre se les adeudaban. Noticias, con todo, ya les había traído una galera tres semanas atrás: habían visto a cuatro moras antes de hacer escala, y a otras tres navegando cerca. Una actividad muy alta, desacostumbrada. Algo, sin duda, se tramaba fuera de la vista de aquellas murallas.

Habían salido al poco, al anochecer, unos cientos, en cabalgada. Marcharon en la oscuridad, ligeros, dejaron su impedimenta en una celada, y dieron Santiago, al amanecer, en un aduar de alárabes, en donde se cortaron cabezas, robó ganado, tomaron prisioneros y lengua, y diósele candela a sus coloridas tiendas. Luego hubo que retroceder luchando, recio, en cuadro de fuego y picas, contra decenas de jinetes de cotas de malla y adargas blancas, alquiceles claros y ágiles monturas. Al cabo de dos días ya estaban todos a salvo, con muchos heridos pero sin muertos, mas mientras se hacía el reparto, tras dejar a un lado quinto para el Rey, joya para el gobernador, ventajas para arcabuceros y un regalo para el barbero, todos comentaban lo mismo: un número desacostumbradamente alto de enemigos había salido allí a hostigarlos. No había duda alguna, sucedía algo.

Es ya noche cerrada, y no hay luna. Las colinas y agrestes campos, frente a él, acechan sumidos en la negrura, y en crestas, arbustos y celadas cree adivinar ejércitos enteros, las mieses del turco acechando, agazapadas. Dormir con las armas a mano, cada noche doble guardia, atentos, preparados, así llevan semanas. Peor que saber que el enemigo se acerca es que este nunca llega. Podría hacerles esperar un día, diez, cien, la guerra se hace despacio en Berbería. Mientras, los hombres suspiran, se inquietan, la moral se resiente. Más de uno se irrita, desesperado, deseando que el enemigo aparezca, aunque aquello signifique su muerte. Hay señores soldados y mandos que llevan años así, esperando, y más que a un alfanje enemigo temen que la vida se les pase entre aquellas piedras laceradas por el sol, así, de semeiante manera, aguardando y suspirando.

Un judío de la villa había interrogado a un significado moro de guerra, de los que fueron traídos a tal efecto desde el aduar saqueado. El moro, rencoroso, afirmó con ironía que, muy pronto, al amanecer, verían los cristianos mil tiendas negras alzarse frente a sus murallas, justo antes de que las gigantescas balas de cañón del turco los hicieran a todos pedazos. La profecía corrió entre la tropa: Mil tiendas negras, al amanecer, pronto, cualquier día.

– *Prefiero mil tiendas negras esta misma noche, maldita sea, a cien en una semana* –le había dicho un piquero a su lado, hacía poco, en otra noche de vigilia.

Amanece al fin, su guardia termina. Un soldado frunce el ceño, se apoya en el parapeto, escudriña. Su propio corazón se agita mientras sigue su mirada. Quizás algo esté por pasar, por fin, esa misma mañana. Quizás muchos habrán de morir, pero la primera en hacerlo será, al menos, aquella inclemente espera. Observa intentando adivinar, entre los difusos contornos de rocas y quebradas, jenízaros y tropas abigarradas, ejércitos del Oriente, de mil y un colores, y extendiéndose por las lomas, como una nube de tormenta, aquellas tan prometidas mil tiendas negras. Mas ni en las áridas tierras de la costa, ni en las cercanas lomas asoman huestes. Tan solo un grupillo de jinetes, que pronto se agita y se oculta tras una cresta.

Un artillero se le acerca y comenta con sorna, señalando a los espías:

– *¡Mira cuántos! ¡La Sublime Puerta entera!* –Se para junto a él.–
¿Crees que, cuando finalmente vengan, si es que vienen, sus negras tiendas serán en verdad mil?

– *Sabe Dios,* –responde él,– *pero cuando se presenten les convidaremos a chicharritos con un poco de pólvora.*

Todo parece indicar que el turco, al fin y al cabo, aún no habrá de aparecer. Quizás sea mañana cuando descubran, por fin, sus mil tiendas negras, al amanecer.

SECCIÓN JUVENIL

Liberación sometida

María Fátima Benages Elena
de Málaga

La ventana de mi cuarto no tiene rejas, pero cuando miro a través de ella, me siento atrapada. Cuando mis ojos intentan fugarse unos segundos al mundo exterior, me encuentro con una pared gris y fea, por la que resbala la suciedad de mis vecinos. Suspiro; son las cuatro y media y tengo mucho que estudiar, pero de vez en cuando me gusta permitirme el privilegio de desconectar. Intento encender el equipo de música, pero no funciona. Mierda.

Ojalá pudiese escuchar las canciones que me acompañan en el trayecto de mis mañanas, qué feliz soy entonces. Qué alegría cuando el día bosteza conmigo y va encendiendo poco a poco la ciudad, llamando a las cosas por su nombre. Qué luz más bella y pura la del amanecer; ni las últimas farolas, que en esos instantes permanecen encendidas, saben iluminar tan bien el callejón que hace esquina y siempre está en obras. La luna se ríe en el cielo y una gaviota le anuncia que ya es hora de partir; que el sol se ha levantado y tiene ganas de vivir, pero la luna persiste; a ella, al igual que a mí, le encanta ver el espectáculo y fingir que se encuentra conmigo por casualidad. Así, en la misma calle de siempre, los árboles estiran sus brazos desperezándose y Antonio me da los buenos días. *Juanpe* realiza una leve inclinación de cabeza a modo de saludo y el señor del perro que siempre se toma el café de las ocho y cuarto, me dedica una sonrisa. En invierno, cuando hace frío, me gusta llevar el chaquetón abierto, la garganta desnuda, el pelo suelto y el corazón bien abierto. Mi madre dice que me voy a resfriar, pero no me importa; me siento volar con el viento y durante unos instantes, me creo viva y libre. A veces, cuando la canción rompe en una ola de sonidos que deleitan mis oídos y el viento canta conmigo, alguna lágrima brilla en mis ojillos de niña que cada mañana, en el mismo recorrido, se deja sorprender por la belleza del mundo. A las ocho y veinte, pese a tener los dedos congelados, empiezo a tener calor, así que para cuando llego a clase y me quito el chaquetón, la energía y la vida ruborizan mis mejillas y solo tengo ganas de cantar.

Pero el día pasa, la vida pasa y el silencio se adueña de mí. Me río, es cierto, pero también lloro mucho por dentro. Seis horas de tedio a veces se tornan en horas de aprendizaje e introspección. Cierro la puerta de mi mundo y echo la llave, por si a alguien le da por colarse en uno de mis despistes, y dejo volar mi imaginación en una libreta,

que aunque estéticamente no parece bonita, tiene un contenido precioso. Entre periodos de lucidez y de ensoñación, contemplo a mis semejantes y reflexiono sobre sus vidas. Quizá ellos también se sienten atrapados a su manera. Después está él, de quien me he encaprichado y a quien tiendo a observar más de la cuenta. ¿Qué clase de cosas estarán rondando por su cabeza? Ojalá ser pensamiento y nacer en su interior para recorrer los dédalos de su mente. Todo este sublime escenario se derrite a las tres, y me pongo en marcha, con dos ángeles que se turnan para cuidarme, y todas esas inquietudes atisban un leve rayo de esperanza. Llego a casa, dejo la mochila, devoro la comida, vuelvo a mi habitación y mis ojos tratan de mirar por la ventana. La ventana de mi cuarto no tiene rejas, pero cuando miro a través de ella, me siento atrapada. Son las cuatro y media y tengo mucho que estudiar, pero me meto en la cama de los sueños y cierro los ojos; estos me duelen de mirar a la realidad.

SECCIÓN INFANTIL

El mono que perdió la risa

Almudena Gascueña Hidalgo
de Alovera (Guadalajara)

Érase una vez un mono que se llamaba Melky. Que siempre se estaba riendo de los demás, entonces un día cuando se estaba riendo de un niño perdió la risa. Después fue en busca del mono más sabio de la sabana, Sabic, para poder recuperar su risa. Al cabo del rato se puso en marcha, después de estar caminando varias horas se encontró con el elefante más agresivo de la zona.

El elefante al verlo le dijo:

– *¡Tú tienes que superar mis tres pruebas para poder seguir tu camino!*

Entonces Melky contestó:

– *¿Cuáles son las pruebas?*

El elefante dijo con cara de enfado:

– *La primera prueba es: tirarme una flecha sin que yo me haga daño.*

Melky se puso a pensar cómo lo podía hacer, entonces se le ocurrió la idea de darle en el pelo, porque es imposible que le hiciera daño. Melky realizó su idea y fue un éxito.

El elefante extrañado y enfadado dijo gritando:

– *¡No sé cómo se te ha ocurrido la idea tan rápido! Bueno, pasemos a la segunda prueba: coger la manzana más alta del árbol que tenemos al lado, pero no puedes escalarlo.*

El mono se puso otra vez a pensar para ver cómo lo podía hacer. Esta vez tardó más, pero consiguió resolver la prueba. Lo único que había que hacer era disparar la flecha que había usado en la segunda con la cuerda y trajo la manzana con la flecha clavada dentro.

El elefante esta vez no se enfadó, en vez de eso se quedó admirado y dijo:

– *Bueno, ya sólo queda la tercera prueba: comerte 100 plátanos en 3 minutos.*

Melky se puso a pensar para ver cuál era la forma más fácil. Hasta que se le ocurrió. La forma más fácil era machacárselo y bebérselos.

Al pasar los minutos Melky se había bebido todos los plátanos. Así que el elefante le dejó continuar con su camino.

Melky estuvo andando durante varios días hasta que se encontró con un pequeño animal, era un erizo, llamado Puk. Melky sin querer se sentó sobre Puk. Melky gritó de dolor, y Puk pidió disculpas y dijo:

– *Hola, me llamo Puk.*

Entonces Melky respondió:

– *Hola Puk, yo me llamo Melky.*

Puk estaba entusiasmado por ver un animal que jamás había visto, entonces Puk preguntó:

– *¿Qué animal eres?*

Melky extrañado por la pregunta respondió:

Puk, ¿nunca habías visto un mono?

Puk respondió:

– *Sí, pero los monos suelen reírse de casi todo, pero sin embargo tú ni sonríes. Por eso he preguntado qué animal eres.*

Melky le contó todo lo que había pasado, y por qué había perdido la risa.

Puk preguntó:

– *Melky, ¿puedo ir contigo?, tengo que preguntarle una cosa a Sabic.*

Melky afirmó que sí con la cabeza, al rato retomaron el viaje y estuvieron días andando hasta que al fin, una mañana en el horizonte Melky vio el sauce donde vivía Sabic. Entraron y Melky dijo:

– *Disculpe, me gustaría...*

Pero de repente Sabic le interrumpió y dijo.

– *Ya sé que quiere, no hace falta ni que lo digas. Sé que quieres que te devuelva la risa, pero no puedo conceder dos deseos.*

Melky extrañado dijo:

– *Pero yo sólo tengo un deseo. Recuperar la risa.*

Puk de repente dijo:

– *Sabic, no hace falta que yo pida mi deseo, concédele el suyo.*

Melky dijo que no con la cabeza y dijo con voz grave:

– *Puk, quiero que te conceda a ti tu deseo, porque siempre que he tenido risa, nunca he tenido amigos. Así que Sabic concédele el deseo a Puk.*

De repente Puk se convirtió en un canguro y Melky admirado y extrañado preguntó:

– *Puk, ¿por qué querías ser un canguro?*

Puk contestó:

– *Melky, no te he dicho nada porque no sabía si Sabic podría convertirme otra vez en canguro.*

Pero antes de que Puk pudiera terminar, Melky el interrumpió y dijo:

– *Cómo que otra vez, ¿es que tú no has sido siempre un erizo?*

Puk le contó a Melky que él cuando era un canguro, se portaba muy mal con el resto de los animales y de repente un día al despertarse se había convertido en un erizo.

Melky contento porque su amigo estuviera feliz dijo:

– *Puk, ¿quieres venirte a vivir conmigo y ser mi amigo?*

Puk muy ilusionado por la pregunta, se dio un golpe contra la pared y de repente Melky empezó a reírse.

Puk dijo feliz:

– *Melky si quiero ir contigo, pero ¿cómo has recuperado la risa?*

Entonces Sabic dijo:

– *La risa siempre estaba en tu cabeza, pero como no te portabas bien, tu cerebro la desactivó porque creía que era lo mejor para ti, pero al cederle tu deseo a Puk, tu cerebro ha reactivado la risa.*

Melky y Puk felices volvieron al hogar de Melky, comieron perdices y vivieron felices.

Relación completa de premiados (2008–2017)

I Certamen año 2008.

Sección Adultos

- Primer premio: “10.834”. Autor: Ramón Cabrera Navieras. Morella (Gerona)
- Segundo premio: “El Tiempo”. Autor: César Hurtado Trialaso. Azuqueca de Henares (Guadalajara)
- Tercer premio: “Esperando Nada”. Autor: Luis Miguel Nevado Garrido. Azuqueca de Henares (Guadalajara)

Sección Infantil y Sección Juvenil

- Primer premio: “Una Triste Historia”. Autor: Claudia García Sanz. Azuqueca de Henares (Guadalajara)
- Segundo premio: “El Sueño”. Autor: Aya Elalami. Azuqueca de Henares (Guadalajara)
- Tercer premio: “El Viaje de Nano”. Autor: Sabrina Bennis. Casablanca (Marruecos)

II Certamen año 2009

Sección Adultos

- Primer premio: “Candy Candy”. Autor: Claudio Cerdán Reina. Yecla (Murcia)
- Segundo premio: “Don Martín el Curandero”. Autor: Pilar Del Hierro. Madrid
- Tercer premio: “De niños y Soldados”. Autor: Juan Carlos Somoza García. Bilbao (Vizcaya)

Sección Juvenil

- Primer premio: “Bamba”. Autor: Pablo Orteu García. Azuqueca de Henares (Guadalajara)

- Segundo premio: “Me refugié bajo el Portal”. Autor: Andrea–Judith Portillo Pérez. Humanes (Guadalajara)
- Tercer premio: “Campanas de Guerra”. Autor: Andrea Fernández Suárez. Avilés (Asturias).

Sección Infantil

- Primer premio: “Erase un Oso”. Autor: Elvira Bartolomé Sánchez. Madrid
- Segundo premio: “El Ascensorista”. Autor: Yasmine Lahbabi. Casablanca (Marruecos)
- Tercer premio: “Mi Primer Partido”. Autor: Jorge Monseco Montalvo. Alovera (Guadalajara)

III Certamen año 2010

Sección Adultos

- Primer premio: “La Fuente de los Deseos”. Autor: Germán Ruiz Tendero. Albacete
- Segundo premio: “Logística de un Suicidio”. Autor: Germán Bartizaghi Cammisi. Santa Fé (Argentina)
- Tercer premio: “A Lomos de Una Sonrisa”. Autor: Ernesto Tubía Landeras. Haro (La Rioja)

Sección Juvenil

Desierto

Sección Infantil

- Primer premio: “La luna y la estrella”. Autor: Daniel Candelario Roldán. Alovera (Guadalajara)
- Segundo premio: “El osito mágico”. Autor: Laura Expósito Rodríguez. Alovera (Guadalajara)
- Tercer premio: “El mundo al revés”. Autor: Luis García. Alovera (Guadalajara)

IV Certamen año 2011

Sección Adultos

- Primer premio: “Los Symperonics”. Autor: Francisco García Bausán. La Roca del Vallés (Barcelona)

Sección Juvenil

- Primer premio: “El niño que quería atrapar mariposas”. Autor: Ángela Pozuelo García. Camporrobles (Valencia)

Sección Infantil

- Primer premio: “El Mundo de la Fantasía en Cinco capítulos”. Autor: Gabriel García Carmona. Madrid

V Certamen año 2012

Sección Adultos

- Primer premio: “Pecado Original”. Autor: Eduardo Rodrigo Medina. Guadalajara

Sección Juvenil

- Primer premio: “Segunda Planta”. Autor: Nerea Arrojo Fernández. Avilés (Asturias)

Sección Infantil

- Primer premio: “La Amenaza Fantasma”. Autor: Candela Arroyo Masa. Alovera (Guadalajara)

VI Certamen año 2013

Sección Adultos

- Primer premio: Título: “¡Qué Tiempos Corren!”. Autor: María Teresa Sousa Couto. Guipúzcoa (País Vasco)

Sección Juvenil

- Primer premio: “Como un Libro sin Palabras”. Autor: Cristina Ruiz Fernández. Burgos

Sección Infantil

- Primer premio: “Amor a un Maniquí”. Autor: Candela Aparicio Ranea. Madrid

VII Certamen año 2014

Sección Adultos

- Primer premio: “Diario.doc”. Autor: Alberto de Frutos Dávalos. Madrid

Sección Juvenil

- Primer premio: “Reproches”. Autor: Christian Espadas Ruiz. Azuqueca de Henares (Guadalajara)

Sección Infantil

- Primer premio: “El perrito de Marta”. Autor: Deborah Mitel. Alovera (Guadalajara)

VIII Certamen año 2015

Sección Adultos

- Primer premio: “El desenlace”. Autor: Ramón Zarragoitia Mezo. Vizcaya (País Vasco)

Sección Juvenil

- Primer premio: “El poder de las cartas”. Autor: Christian Espadas Ruiz. Azuqueca de Henares (Guadalajara)

Sección Infantil

- Primer premio: “El monstruo que no sabía asustar”. Autor: Marta Lameiro Cal. La Coruña

IX Certamen año 2016

Sección Adultos

- Primer premio: “La Riña”. Autor: Armando Aravena Arellano. Santiago de Chile (Chile)

Sección Juvenil

- Primer premio: “El Rio Hoffnung”. Autor: Miguel Muñoz Reyes. Alovera (Guadalajara)

Sección Infantil

- Primer premio: “El Carrusel”. Autor: Rubén Bujalance Pérez. Alovera (Guadalajara)

X Certamen año 2017

Sección Adultos

- Primer premio: “Mil Tiendas al Amanecer”. Autor: Marcos San Millán Fadrique. Valladolid

Sección Juvenil

- Primer premio: “Liberación sometida”. Autor: María Fátima Benages Elena. Málaga

Sección Infantil

- Primer premio: “El mono que perdió la risa”. Autor: Almudena Gascuña Hidalgo. Alovera (Guadalajara)

